ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS



Miguel de Unamuno



Andanzas y visiones españolas

Selección de ensayos y poemas

Miguel de Unamuno

Miguel de Unamuno y Jugo (Bilbao, 29 de septiembre de 1864 - Salamanca 31 de diciembre de 1936). Fue gran maestro de la literatura, estricto y agudo filósofo, escritor y académico, tuvo una amplia formación en cultura antigua y moderna.

Acabó sus primeros estudios en el colegio de San Nicolás. Y cuando estuvo a punto de ingresar a estudios secundarios, asistió como testigo al asalto de su ciudad durante la Tercera Guerra Carlista, lo que luego reflejará en su primera novela, Paz en la guerra. Para sus biógrafos, esta experiencia marcó su tránsito de la infancia a la adolescencia.

En Madrid cursa la carrera de Filosofía y Letras. Vivió en Salamanca casi toda su vida. En 1901 sería elegido rector de la Universidad de esa ciudad. Unamuno cultivó todos los géneros teatro, poesía, ensayos, prosa, todos ellos presididos por dos ejes temáticos recurrentes: España y el sentido de la vida humana. Se le ha considerado como uno de los primeros escritores existencialistas modernos. Con *Niebla* (1914) inicia lo que él denominó nívolas, una nueva especie narrativa que se diferencia de la novela realista. *Abel Sánchez* (1917) y en 1921 *La tía Tula*.

Escribió también numerosos libros de ensayo como: *En torno al casticismo* (1902), *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), *Por tierras de Portugal y España* (1911), *Andanzas y visiones españolas* (1922) *Del Sentimiento trágico de la vida* (1922), entre otros.

Sus últimos días de vida los pasó bajo arresto domiciliario, una pena que había recibió de parte del gobierno por su apoyo a la sublevación. Finalmente murió el 31 de diciembre de 1936.

Miguel de Unamuno

Andanzas y visiones españolas

Selección de ensayos y poemas



Andanzas y visiones españolas
Selección de ensayos y poemas
Miguel de Unamuno

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

León

Hace pocos días he visitado por quinta vez la regia ciudad de León, cabeza del reino que unido al de Castilla formaron el esqueleto de España. Por algo dice el pareado:

A Castilla y a León
nuevo mundo dio Colón.

Y tan íntima y fuerte fue la unión de ambos reinos que los leoneses no tienen empacho alguno en llamarse y dejarse llamar castellanos. Esta ciudad y región en que vivo, Salamanca, perteneció al reino de León, y leonesas son las particularidades de su habla popular, que del castellano literario se apartan algo. O más bien por esta provincia cruzaba la frontera entre ambos reinos, por poblados que aún hoy llevan el apelativo De la Frontera, como Zorita de la Frontera, por ejemplo. Y en el lenguaje popular mismo se conoce esta división, pues si en la parte castellana dicen del pan cuando fermenta que está «lludo» —el *Diccionario de la Academia* dice «leudo»—, en la parte leonesa dicen que está «yeldo».

Es el león leonés león de Castilla, y en el escudo abreviado de España, en el más usual, figuran los dos

leones junto a los dos castillos. Y es el tal león un símbolo de origen lingüístico, como tantos otros lo son. (¿Quién no recuerda los estudios de Max Müller sobre el origen puramente lingüístico de tantos mitos? ¿Quién ignora que la osa mayor ocarro del cielo no es tal cosa sino por confusión de nombres?). Se llamó León con este nombre, del acusativo latino *legionem*, porque fue poblada por la sétima legión romana; *legio septima gemina pia*, Felix. Y coincidiendo luego el nombre León, de legión, con el del león, se tomó la figura de este por símbolo de aquel. Y a tal punto, que, en un conocido dístico latino, de que les hablaré, se llamaba a la catedral de León pulchra leonina, con un adjetivo de *leo–onis*, el león, y *no legionensis*.

Desde que por vez primera la visité me atrajo esta vieja y regia ciudad de León, henchida de recuerdos de nuestra historia, en una verde llanada llena de álamos, que bañan el Bernesga y el Torío al ir a juntar, a la vista de la ciudad, sus aguas. Es su paisaje un paisaje aquietador, lleno de cielo y de frondosidad, pero sin riqueza ni exuberancia.

La ciudad misma no es de las que más carácter conservan si se exceptúan los trozos de las antiguas murallas y sus tres principales monumentos. Las calles se han modernizado y se modernizan y aún cambiarán más, pues la riqueza minera de la provincia acabará por hacer de la capital un gran centro mercantil y aun de recreo.

Solo una plaza, una de esas nuestras típicas viejas plazas, nos habla allí de otros tiempos. En ella puede verse a la paisanería con sus pintorescos trajes.

Pero las joyas de León, aquello por lo que merece visitarlo, son la catedral, lo más famoso de la ciudad, San Marcos y San Isidoro, lo más interesante acaso este último y lo más genuino, aunque no ciertamente lo que más atrae, desde luego, las miradas del peregrino, ni lo más famoso. Lo más famoso es la catedral

Hay un dístico latino que se refirió a cuatro de nuestras viejas catedrales españolas reza así:

Sancta ovetensis, pulchra leonina, dives toletana, fortis salmantina;
Santo Ovetensis, bellos leones Toledo, una rica, fuerte Salmantina;

es decir: Santa la de Oviedo, por sus muchas reliquias; bella la de León, rica la de Toledo, fuerte la de Salamanca, la vieja, la románica, no la nueva, la que en siglo XVI se empezó. Y he traducido pulchra por bella, como pude traducir elegante o bonita. Y lo es más, sin duda, que no hermosa. Porque esta elegantísima y bella catedral gótica leonesa no tiene ni lo pintoresco y variado de la de Burgos, ni la magnificencia de la de Toledo, ni la solemnidad de la

románica sede de Santiago de Compostela, ni el misterio que tienen las de Ávila y Barcelona, menos celebrada esta última que merece serlo. La catedral de León se abarca de una sola mirada y se la comprende al punto. Es de una suprema sencillez y, por lo tanto, de una suprema elegancia. Podría decirse que en ella se ha resuelto el problema arquitectónico, a la vez de ingeniería y de arte, de cubrir el mayor espacio con la menor cantidad de piedra. De donde su aérea ligereza y aquellos grandes ventanales, cubiertos de vidrieras con figuraciones policromas, donde la luz se abigarra y se alegra en tan diversos colores.

Lo cual me sugirió una reflexión traslaticia o metafórica aplicada al arte de la poesía y en general a la literatura. Y es que así como en este genuino arte gótico de arquitectura se llegó a cubrir grandes espacios con poca piedra, sin más que tallarla y agruparla bien, así en la poesía ha de cubrirse o encerrarse el mayor espacio ideal, se ha de expresar el mayor contenido posible representativo, con el menor número de palabras, sin más que tallarlas o agruparlas bien. ¡Y cuán lejos de ello estamos en España! Nuestra poesía y nuestra literatura en general nada tienen de góticas en este sentido; son más bien platerescas y aun barrocas, por el exceso de su ornamentación nada constructiva, y bajo la cual se pierde la línea. Pensamiento poético que puesto en prosa exija

menos palabras que aquellas con que en verso lo expresó un poeta, puedes asegurar que este lo expresó mal.

No voy a describiros, claro está, la catedral de León. El que quiera verla descrita puede leer lo que de ella escribió don José M. Quadrado en el tomo que a Asturias y León dedicó en la obra España; sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Todos saben que las catedrales góticas son vertebradas, es decir, tienen un esqueleto de columnas y crucerías recubierto de carne de piedra, y que el peso todo de las bóvedas se echa hacia afuera, sosteniéndolo los contrafuertes con sus arbotantes. De aquí que a la ligereza y esbeltez del interior corresponda una robusta y complicada fábrica exterior. Y así ocurre con la de León. Pero por dentro a esta catedral, que podríamos llamar modelo de gótico, tan pura, tan aérea y tan clara, la encuentro que le falta recogimiento y misterio. No es fácil esconderse y aislarse en ella. Hase dicho también, no sé con qué fundamento, que es poco española. Verdad es que se le ha negado casticidad a nuestro arte arquitectónico, de importación lo más de él, sobre todo el gótico. Lo nuestro parece ser una parte del románico, el llamado visigodo, y el plateresco. Pero las catedrales góticas nos vinieron de Francia. Sus maravillas en el género, las de París, Reims, Chartres y Bourges, decidieron su introducción en España; Fernando el Santo parece haber sido gran admirador del estilo gótico

francés, y en su reinado se alzaron las tres grandes catedrales góticas españolas, las de Burgos, Toledo y León.

¡Si la catedral representa en León el arte gótico del siglo XIII, en la iglesia y convento de San Marcos, residencia principal que fue de la Orden de Santiago en los reinos de León, y hoy depósito de sementales para la Caballería del Ejército (!!!), se nos ofrece un ejemplar de la Escuela del Renacimiento del siglo XVI. Me recordaba este edificio a mi Salamanca, ciudad renaciente si las hay. Paseándome con unos buenos amigos, a la caída de la tarde, por la alameda que delante de San Marcos corre a lo largo del Bernesga, no me hartaba de contemplar aquel rosetón calado que se alza sobre su frontispicio. Estos bordados de la piedra, se destacó sobre un cielo limpio de ocaso, son uno de los espectáculos más hermosos de que se puede gozar, sobre todo cuando, cerca ya del anochecer, parece como que la piedra pierde su materialidad tangible.

Me han asegurado que su majestad el Rey, al pasar por León, ha manifestado ya más de una vez su extrañeza porque esa joya de nuestra arquitectura plateresca siga dedicada a depósito de sementales.

Más lo que en León produce impresión más profunda al espíritu algo cultivado es la venerable basílica románica de San Isidoro, donde está el formidable panteón de

los reyes de León. «Su maciza y adusta mole —dice Quadrado— nos traslada a la monarquía semiheroica y semibárbara del siglo XI; austeros monjes o duros guerreros son los únicos adoradores análogos al carácter de su arquitectura; su panteón compendia la historia de dos centurias y de diez generaciones de monarcas».

San Isidoro es, sin duda, una de las más severas y a la par más elocuentes páginas de piedra de la historia de España. Su maciza torre cuadrada nos habla de tiempos macizos también, y cuadrados, de los recios tiempos de la Reconquista.

Difícilmente olvidaré la impresión que se produjo en mi alma cuando entré, hace ya más de siete años, por primera vez en el panteón de los reyes leoneses. Solo recuerdo otras dos impresiones análogas, y es las que sentí al bajar, en la Real Capilla de la catedral de Granada, a la cripta en que se guardan, en sencillísimas cajas, los restos de los Reyes Católicos don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla, dejando arriba los suntuosos pero vacíos túmulos que en imágenes yacentes nos les muestran, y la que recibí en Alcobaça, al entrar en la capilla en que descansan su eterno sueño de amor y de tragedia don Pedro y su infortunada amante Inés de Castro. ¡Cuán diferente el efecto que me produjo el panteón de los reyes de España en El Escorial! Este panteón escurialense es de

lo más frío, de lo más ordenancista que puede verse. Los cuerpos de los reyes de las casas de Austria y de Borbón están almacenados en él, en sus urnas, como las piezas de género en una pañería. ¡Qué otro lo de León! Al entrar en el solemne recinto, bajo de techo, con sus robustas columnas románicas, en que los reyes del antiguo reino de León duermen en el eterno olvido, se siente el ánimo sobrecogido. «Doce túmulos lisos —dice Quadrado—, de más de treinta que anteriormente había sin efigie, sin labores de ningún género, sin inscripción, excepto el de Alfonso V y algunos trozos que se leen en el de Sancha, hermana del emperador, dejaron allí únicamente los soldados de Napoleón, después de profanar aquel venerable recinto y de buscar inútilmente entre los huesos y la podredumbre los imaginados tesoros que tentaban su codicia». Y esta profanación ha añadido acaso, creo yo, a la solemnidad del espectáculo. Una tumba profanada es como una tumba intensificada. Cuando la destrucción, es decir, la muerte pasa sobre la muerte, redobla su trágico interés.

No hay, al menos para mí, espectáculo más conmovedor que el de un cementerio abandonado. Una tumba vacía me dice mucho más que una vacía cuna. Y aquel asolado panteón de los guerreros reyes leoneses, sobre el que pasó la guerra, es algo que difícilmente olvida el que una vez lo ha visto con los ojos del alma en

que duermen recuerdos de historia.

Tiene para mí San Isidoro de León otro recuerdo, y es que en su solemne recinto, en un día del mes de agosto de 1906, su abad solemne, don Jenaro Campillo, me sacó los demonios del cuerpo con la mandíbula de san Juan Bautista, que allí se venera. Es una historia que he de contar algún día para edificación de las almas sencillas que crean en la mandíbula del Bautista y en mis demonios, y no sé si para regocijo de los espíritus volterianos.

Fuera de esos tres monumentos, de la catedral, de San Marcos y San Isidoro, aún queda algo que ver en León arquitectónico. La iglesia del Mercado, por ejemplo, muestra aún señales de lo que en un tiempo fue, y es un caso típico de cómo puede desfigurarse un templo haciéndole perder su primitiva personalidad. Que la tienen los edificios, y a las veces más que las personas. El trozo del primitivo ábside románico, bellísimo por fuerte, que hoy está allí encerrado en la sacristía y cubierto, para los ojos que ven la iglesia desde fuera, por una superestructura posterior, es algo que se presta a no pocas reflexiones metafóricas. Hace conservado mucho mejor que si hubiera quedado al exterior, expuesto a la intemperie y a las injurias de los chiquillos y aun de los adultos. Y así nos sucede que tal idea o sentimiento de nuestra infancia, tal trozo del ábside de nuestra niñez, se

nos conserva en el fondo del alma, en la cerrada sacristía, en el relicario de los recuerdos, fuera del alcance de las burlas y desdenes de aquellos con quienes tenemos que tratar, mucho mejor que se nos habría conservado expuesto a la intemperie del mundo social. Había que oírle al párroco de la iglesia aquella del Mercado, un hombre admirable que en restaurar y mantener su iglesiuca pone sus amores y sus haberes, explicarnos el singular fervor que le inspira el celebrar misa en una reducida capillita del lado de la Epístola del altar mayor, en una especie de concha románica que parece una gruta. «Cuando celebro aquí —nos decía— me parece estar muy lejos del mundo; en una cueva del desierto, solo con Dios». Aquel cura siente su iglesia y ha hecho de ésta como un segundo cuerpo de su alma. ¡Y dichoso de aquel que logra hacer de su casa o de la morada en que su oficio cumple otro cuerpo más para su espíritu! Y si no ya de su casa tan solo, sino del lugar, villa o ciudad en que vive, ¿qué mayor bendición de Dios? No hay para vivir como una de estas viejas ciudades rebosantes de seculares recuerdos cuando se logra encarnar o, si quieren, «empedrar» en ellas, hacerlas cuerpo de nuestra alma. Se nos hace también secular ésta.

Salamanca, julio de 1913.

En la quietud de la pequeña vieja ciudad

Ahora luego de mis veraniegas excursiones, vuelto a este lugar ciudadano, de pequeña ciudad, de por fuera, y mientras me apercibo a las tareas del próximo curso académico, púseme a leer las cartas del poeta inglés Tomás Gray, el autor de aquella famosísima elegía escrita en un cementerio de aldea. Y en una de las primeras cartas de la colección, la que el 8 de mayo de 1736 escribió desde Cambridge, pequeña ciudad académica, Gray a West, leí esto: «Cuando has visto uno de mis días, has visto el año entero de mi vida; van dando vueltas como el caballo ciego en el molino, solo que este tiene la satisfacción de imaginarse que avanza algo y que cobra suelo; pero mis ojos están lo bastante abiertos para ver la misma triste perspectiva y para saber que habiendo dado veinticuatro pasos más, estaré precisamente donde estaba...». ¿A qué seguir?

Sí, me dije, dando vueltas a la noria como un caballo vendado; pero ¿no sale de esa noria agua? ¿Y esa agua no riega un huerto? ¿Y ese huerto no da frutos? ¿Y esos frutos no mantienen a hombres que corren el mundo de un extremo a otro, y que por recorrerlo así creen vivir más intensamente que el pobre caballo vendado que saca de la noria el agua que riega el huerto que da los frutos de que se mantienen ellos? ¿Quién vive más su vida?

Y fui a leer en la inmortal Elegía del mismo Gray aquella estrofa que dice:

Some village Hampden, that, with dauntless
breast. The little tyrant of his fields withstood,
some mute inglorious Milton have may rest,
some Cromwell guiltless of his country's blood.

Algún pueblo de Hampden, eso, con un pecho intrépido. El pequeño tirano de sus campos resistió, algunos mudos sin gloria Milton pueden descansar, algunos Cromwell sin culpa de la sangre de su país.

Allí, en el solitario cementerio de aldea, descansa algún Hampden aldeano que con pecho indómito resistió al tirano de sus campos, algún mudo Milton sin gloria, algún Cromwell sin culpa de haber derramado la sangre de su patria. Pero, ¿es que los Milton y los Cromwell no surgen sino de las populosas y ruidosas ciudades? ¿Es que no salen, como en Francia salió Juana de Arco, de algún ignorado rincón durmiente? ¿Es que no se fraguan alguna vez los héroes, lejos de las innobles luchas de la enloquecedora muchedumbre?

Y recordé a Descartes filosofando en la soledad de su estufa, a Spinoza encerrado en su cuarto de soltero de Amsterdam, a Kant cumpliendo su vida ordinaria con

la regularidad de un caballo de noria en su académica Koenigsberg.

Sí, sí; yo sé que no viaja mucho el que todos los días da treinta o cuarenta vueltas al jardín de su casa; yo sé que la ardilla que se revuelve en una jaula no sale de ésta; pero también sé que se está quieto y no se mueve por sí aquel a quien su automóvil lo lleva a cien kilómetros por hora, y sé más, y es que no se entera del camino por el que va.

¡Pueblos progresivos...!, ¡pueblos progresivos...! ¿Y qué es un pueblo progresivo?

Un pueblo que cambia rápidamente... por de fuera. Acaso un pueblo que crece. No sé si alguno de mis lectores conocerá un librito admirable de G. Lowes Dickinson. Se titula A Modern Symposium (Un simposión —o sea banquete— moderno), inspirado en el inmortal diálogo de Platón. En este nuevo Simposión del profesor inglés, hablan de política un tory, un liberal, un conservador, un socialista, un anarquista, un profesor, un hombre de ciencia, un periodista, un hombre de negocios, un poeta, un caballero bien acomodado, un cuáquero y un hombre de letras. Y al tocarle su turno a Arturo Ellis, el periodista, nos hace una pintura brillante —del parecido no respondo— de la vida norteamericana, prototipo del progreso.

Hay en este discurso del periodista de Dickinson cosas admirables, como aquello de que «gracias a Europa, América jamás ha sido impotente frente a la Naturaleza; no ha sentido, por lo tanto, temor; por esto nunca ha conocido la reverencia, lo que la ha llevado a no experimentar religión». Pero vamos a otra cosa, y es cuando Ellis dice:

«¿Qué es lo que reconocen como fin? He aquí un punto importante en que he reflexionado mucho en el curso de mis viajes. A las veces he creído que era la riqueza, otras veces el poder, otras la actividad. Pero un poema, o por lo menos una producción métrica con que me topé en los Estados Unidos, me dio una nueva idea sobre el objeto. En este punto hablo con gran desconfianza, pero me inclino a creer que mi autor estaba en lo cierto, que el fin real que los norteamericanos se proponen es la Aceleración. Estar siempre moviéndose, y cada vez más de prisa, es lo que creen ser la vida beatífica, y con su feliz despego a la filosofía y la especulación no se preocupan por la cuestión de: ¿adónde? Si europeos u otros les preguntan cuál es el punto a que van tan de prisa, su único sentimiento es el de un genuino asombro. ¡Eh, replican, date prisa! ¿Y qué más puede decirse? De aquí su desprecio por el ocio tan apreciado de los europeos. El ocio, sienten que es una especie de parada, el pecado imperdonable. De aquí también su aversión a jugar, a la conversación, a todo lo que no sea trabajo».

Repito que no sé si la pintura es o no exacta, pero que conozco muchos que se llaman progresistas porque sienten así.

Más adelante añade el periodista de Dickinson: «Es verdad —dice el hombre del porvenir—, no tenemos religión, literatura o arte; no sabemos de dónde venimos o adónde vamos, pero lo que más importa, no nos cuidamos de ello. Lo que sabemos es que nos estamos moviendo más de prisa que se movió nadie antes, y que es lo probable que nos moveremos más y más de prisa cada vez. El inquirir ¿adónde? es algo que consideramos blasfemo. El principio del universo es la Aceleración y nosotros somos sus exponentes; lo que no se acelera se extinguirá, y si no podemos responder a las últimas preguntas, es tanto menos de lamentarlo cuanto que dentro de unos pocos siglos no quedará nadie para responderlas».

Confrontad ahora con esto estas otras palabras admirabilísimas que el mismo G. Lowes Dickinson, en este su mismo preñado librito, pone en boca del profesor Henry Martín, cuando dice: «Las gentes creen que la vida de la razón es fina. ¡Cuán poco saben lo que es responder a cada llamarada, ser solicitado por cada impulso, pero siempre quieto, como el imán, vibrando siempre hacia el norte, nunca tan tenso, nunca tan consciente del esfuerzo como cuando se está más irremoviblemente fijo hacia

aquella meta! La intensidad de la vida no hay que medirla por el grado de oscilación. Es en el punto más quieto donde las más tremendas energías se encuentran».

Al leer esto me acordé al punto de aquel famoso discurso sobre la vida intensa —the strenuous life— que el inquieto y oscilante Teodoro Roosevelt, cazador de rinocerontes en África y apóstol de la Aceleración, pronunció en Chicago en abril de 1899. Hay allí cosas admirables, de un elevado idealismo —de espiritualismo, que es mejor, más bien— pero hay también demasiada... aceleración. Que se confunde con la precipitación. Acelerarse suele ser no pocas veces precipitarse. Y es un grandísimo acierto el de que en el moderno banquete que nos presenta Dickinson, sea precisamente el hombre de negocios, Philip Audubon, el que exponga el punto de vista más desolador y pesimista. He leído pocas cosas tan amargas, tan tristes, tan desoladas, como el discurso de ese hombre de negocios. Y no lo dudes: pueblo en que apenas se hable sino de negocios —de voladas y de pichinchas, pongo por caso— y de placeres, es pueblo donde no tardará en brotar y arraigar un triste pesimismo. Y no el del hambre, no, sino el otro, el peor, el de la hartura. De la hartura y del vacío. Yo, por mi parte, no corro cuando puedo ir al paso, a pie,

y enterándome del camino. ¿Que recorro poco espacio? ¿Y qué? Todo pedazo de espacio es infinito

dentro de sí. Y lo mismo digo del tiempo. «¿Pero ¿cómo encuentra usted tiempo para hacer tantas cosas?», me preguntaba un amigo. Y le respondí sonriendo: «Es que mis horas son cuadradas y a las veces cúbicas...». «¿Cómo?», añadió. Y yo: «Usted sabe que si un metro lineal tiene 10 decímetros, un metro cuadrado tiene 100 decímetros cuadrados y no 10, y un metro cúbico 1 000 decímetros cúbicos. Así mi hora cuadrada tiene 3 600 minutos cuadrados y mi hora cúbica 216 000 minutos cúbicos».

Hay que buscar el tiempo de dos y de tres dimensiones, ancho y profundo a la vez que largo. Y esto se logra mejor encerrándose en estos retiros de las viejas y pequeñas ciudades que parece que no se mueven ni progresan.

Y luego, junto a la superstición de la aceleración, del cambio por el cambio mismo, la otra, la superstición de lo vasto, de las grandes ciudades, verbigracia. Estoy leyendo la obra de James Bryce, sobre Suramérica —*South America, observations and impresions*—, y al llegar al capítulo que al Uruguay dedica, me encontré con este pasaje humorístico: «Es un país alegre, con un escenario construido, por así decirlo, en pequeña escala, como cuadra a una pequeña República». Es decir, que en una nación pequeña las montañas deben ser pequeñas, pequeños los ríos y los hombres pequeños. Claro está que

mister Bryce dice eso irónicamente y por broma, pero hay muchos que en serio piensan así, y que creen tener más alma por haber nacido en una ciudad mayor. Conozco pobre diablo sin una peseta ni sobre qué caerse muerto, que está muy orgulloso de que en su pueblo hay varios multimillonarios. Esta soberbia, así, colectiva, es una de las cosas más cómicas que la humanidad nos ofrece. Como que no hay tipos más divertidos que los del pueblo bajo de las grandes ciudades, los satisfechos de recibir el barro con que les salpican las ruedas de los automóviles de sus poderosos vecinos. Pero este mismo mister Bryce, un poco más adelante y hablándonos también del Uruguay, nos dice: «El país es, sin duda, relativamente pequeño, y está hoy en moda adorar la magnitud y despreciar a las pequeñas naciones. Y, sin embargo, son las pequeñas comunidades ciudadanas independientes, o las pequeñas naciones —tales como fueron Inglaterra y Holanda en el siglo XVII— las que han producido no solamente lo más de la mejor literatura y del arte, sino lo más de los grandes hombres y los grandes hechos que la historia recuerda. La vida nacional está más apta para hacerse más intensa y más interesante donde se concentra en un área no tan extensa que impida a las gentes conocerse los unos a los otros y conocer a sus conductores». Pasaje que no quisiera comentar porque siempre he sentido un cierto desvío hacia las grandes ciudades, hacia las aglomeraciones demasiado numerosas. Una ciudad

desde el centro de la cual no se pueda llegar a pie en cosa de un cuarto de hora al campo libre, es una ciudad que no responde a mis más íntimas necesidades espirituales.

Hace ya cinco años que este mismo diario, en su número del 22 de julio de 1908, me publicó un ensayo sobre las grandes y pequeñas ciudades, comentando ideas de Guillermo Ferrero, y ese ensayo figura en mi libro *Por tierras de Portugal y España*. No es cosa, pues, de que repita aquí lo que entonces aquí mismo dije, aunque sea yo no poco machacón. Solo les diré que desde entonces acá me he corroborado más y más en mi creencia de que las pequeñas ciudades tranquilas, donde la historia, que es el sentimiento de la continuidad en el cuerpo social, se remansa, son las más a propósito para una íntima vida de concentración espiritual, es donde mejor puede mantenerse el ánimo fijo hacia el norte, sin oscilaciones, aunque no sin íntimo esfuerzo, es donde se puede cuadrar y cubicar las horas.

Eso de que la historia es el sentimiento de la continuidad en el cuerpo social, lo acabo de leer en un artículo de Gabriel Hanotaux, «De l'histoire et des historiens», que trae el número de la Revue des Deux Mondes de Trasantier, 15 de este mes. Y quiero también comentar ese artículo. Al choque del pensamiento ajeno, que puedo oír merced al bendito silencio que me rodea

en mis horas cúbicas de trabajo solitario, brota mi propio pensamiento y se afirma y crece. Crece, no se acelera; medra, no se precipita.

Pero antes de acabar con esto no quiero dejar de recordaros aquel famoso sorites de Cyrano de Bergerac: Yo soy el mejor estudiante de... de tal colegio (no me acuerdo el nombre), este colegio es el mejor de París, París es la mejor capital de Francia, Francia es la mejor nación del mundo, luego yo soy el mejor estudiante del mundo. ¿No has oído nunca discurrir así? Y ahora, mi señor don M. B. L., ¿qué quiere usted que conteste a sus felinas e insidiosas insinuaciones sobre el hecho de que yo escriba desde esta vieja, pequeña y no pocas veces calumniada ciudad de Salamanca, que usted no conoce? Para usted la Salamanca no es, me figuro, sino una especie de cueva donde las brujas y hechiceras celebran sus nocturnos aquelarres, o acaso lo que usted cree saber de esta leyendaria —¡y tan leyendaria— Universidad, es lo que ha leído respecto a cómo fue aquí recibido y juzgado Cristóbal Colón. Pero le advierto que lo más de lo que atañadero a esto de Colón en Salamanca ha leído es pura patraña, y además, que dada la ciencia de entonces no andaban los doctores aquellos más descaminados que Colón, quien yendo en busca de una cosa se encontró con otra que no buscaba y se murió sin saber a ciencia cierta lo que había encontrado. ¡Pero ya ve usted, señor mío, el éxito!

Y es muy lógico que usted juzgue por el resultado externo. Y hasta presumo más, y es que sea usted de los que aprecien el valor de una obra de espíritu por lo que económicamente rinde y el de una persona por lo que gana en dinero, o en plata si usted quiere. Y no quiero sino recordarle lo que más de una vez he dicho, y es que hay que saber ser pobre. Nosotros somos pobres en dinero, usted me resulta pobre en otras riquezas. Y váyase lo uno por lo otro.

No se envanezca, señor, de vivir al pie de la más alta montaña o al borde del más caudaloso río del mundo, que, si usted no lleva una montaña de pensamientos en la cabeza o un río de sentimientos en el corazón, de poco habrá de servirle, si es que de algo le sirve aquello.

Y sí tiene usted razón, tengo la franqueza, si lo es, de ser un encendido patriota de mi patria. No me duele que la juzguen; lo que no me duele, sino me produce grima, es que se metan a echarnos chinitas los que como usted no la conocen sino de oídas. ¡Y de qué oídas! Porque con oídos sucios de cerilla recibe usted referencias de bocas sucias. Y nada más

Salamanca, setiembre de 1913.

Por capitales de provincia

A mi que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza o el vientre, cada de estos viajes que hago por nuestras capitales de provincia me llena de cierto pesar no exento de hondas inquietudes. En cuanto llego a una de esas capitales voy a buscar a los jóvenes a que se llama hoy, no sin cierta sorna de parte de los maliciosos, intelectuales; voy a buscar a los que me han dicho que se preocupan de algo que trasciende de la materialidad inmediata de la vida: de arte, de literatura, de ciencia, de filosofía, de ideal en fin. Es decir, no soy yo el que suele ir a buscarles, sino que son más bien ellos los que me vienen a buscar a mí. No sé si debo o no callar aquí una cosa triste; pero, en fin, he dicho ya tantas cosas que acaso debí callarme, que por una más... Pues bien: el caso es que cuando en una de esas sosegadas y a las veces modorrientas capitales de provincia —si es que la baja politiquilla no las sacude— encuentras un hombre que se interesa por el arte, la literatura, la ciencia o la filosofía, puedes asegurar que rara vez será uno de los que por su profesión debería interesarse por ellas. En todas nuestras 49 capitales de provincia y en seis u ocho poblaciones más hay institutos de segunda enseñanza, lo que en Francia se llama liceos. Parecía lo natural que cuando en una de esas ciudades se despierta algún deseo

de cultura fuesen los profesores de esos centros los que se pusiesen al frente del movimiento cultural. Pero no suele ser así. Es más fácil encontrar de principal agente de esos movimientos de curiosidad y despertar espiritual a cualquier intrépido varón extraño al profesorado. Eso cuando este no labora, en todo o en parte, y bajo cuerda contra semejantes despertamientos. Y es que es cosa terrible, lo sé muy bien, este oficio de la enseñanza, y no andaba tan lejos de la verdad Schopenhauer al decir que enseñando se olvida. Por lo menos he visto muchos que enseñando para ganarse el pan acaban por aborrecer aquello que enseñan y todo lo que a arte o ciencia huela.

Cuando llego, pues, a una de esas capitales de provincia procuro encontrarme no tanto con los encargados de administrar oficialmente arte, literatura, ciencia o filosofía, como con los que de estas cosas se preocupen. Y así que con ellos me avisto y les dirijo las preguntas de rigor, de si allí se lee, si interesan esos altísimos intereses humanos, si hay algún joven que empiece a descollar en su cultivo, etc., etc., al punto empiezo a oír las consabidas lamentaciones. «Esto está muerto; aquí a nadie le interesa nada; esto es un desierto; esto es un dolor; aquí no se puede vivir; hay que marcharse; aquí no hay sino baja politiquilla; aquí nadie lee nada...». ¿A qué continuar?

¿Es esto verdad? No, no suele serlo. Cuando me informo más despacio, más de cerca y más directamente, veo que el intelectual casi siempre exagera, cuando no miente. Es por una parte —permitidme que en esto me ponga pesado— es la manía lamentabilísima que aqueja a casi todos los españoles; la manía de quejarse. Os lo repito, permitidme que insista y me ponga pesado. Yo creo que es una secuela de aquella pordiosería que nuestra literatura picaresca tan bien retrata. La pordiosería, la mendicancia, va poco a poco curándosenos, aunque no con la rapidez que es de desear, pero la manía de quejarse persiste. Si al mendigo le cae el premio gordo y se hace rico acabará por dejar de mendigar, aunque no de pronto, pero seguirá lamentándose de su suerte, en el tono quejumbroso en que pedía limosna. Y es que hay la voluptuosidad de la queja. Y a esa manía se une la manía de calumniarnos.

Se lo he dicho cien veces, y se lo diré otras cien o mil más: cuando oigas a un español quejarse de las cosas de su patria no le hagas mucho caso.

Siempre exagera; la mayor parte de las veces miente. Por un atavismo mendicante busca ser compadecido y no sabe que es desdeñado. La inmensa mayoría de las patrañas y embustes que respecto al estado de España circulan por el extranjero proceden de españoles. Somos

nosotros mismos los que a las veces, no más que por hacernos los interesantes, propagamos esas novelerías. Un pobre diablo que salió emigrado de su aldea, Robleda de Arriba, y que nunca vio sino esa aldea, va contando todo género de desatinos respecto a lo que nunca vio.

Pero aun quitando de lo que aquel intelectual provinciano nos dijo lo que se debe a nuestra manía de queja, y acaso a despecho personal, ¿no hay algo de verdad en ello? Sin duda. Solo que eso lo mismo puede decirse en una capital de provincia española que de otro país cualquiera.

La cultura, la alta cultura desinteresada, artística, literaria, científica, filosófica, es planta muy delicada y que exige heroicos sacrificios de parte de los que la cultivan. Los más de los hombres viven absortos en la consecución del pan de cada día, y cuando han satisfecho sus necesidades inmediatas, si no les coje la concupiscencia del vicio les coje la pereza, que es acaso peor. En esos ámbitos tranquilos y soñolientos de provincia, el que no necesitando trabajar demasiado no se da al juego, a la bebida o la lujuria, se da a ver pasar estúpidamente las horas. Y es empresa terrible la de agitar esas ciudades y mantenerlas despiertas. Lo sé muy bien.

Los que se interesan por esos altísimos intereses, de ordinario emigran y se reúnen en las grandes capitales. Los artistas, literatos, hombres de ciencia, filósofos, etc., se van, aquí, en España, a Madrid. No todos, por supuesto. Y los que se quedan en provincias, o por necesidad o por su gusto, suelen verse aislados. Y teniendo que luchar con un ambiente naturalmente hostil, y más por pereza que por otra cosa, a su acción. Lo que Platón llamaba misología, el odio a la cultura, no es más que pereza espiritual. Pereza que puede darse en gentes muy activas para otras cosas.

El intelectual provinciano de ordinario se cansa pronto; tiene poco aguante para los desdenes, más fingidos que reales, de los que le rodean. Quiere ser reconocido y acatado muy pronto. Hay, además, otro mal grave, y es que nuestra vida interprovincial es muy escasa. Casi todos los que trabajamos desparramados por la cultura patria nos comunicamos, cuando lo hacemos, a través del centro. Figuraos una bola de la cual penden por otros tantos hilos diez, doce, veinte o cien bolas más y que siendo los hilos de igual longitud aparecen éstas agrupadas; algo a modo de una borla. Así es nuestra unión.

Una de las cosas que da una fisonomía más especial a la cultura italiana es que aparezca diseminada por

toda Italia. Culturalmente Italia es un país federativo. Cuando me pongo a hacer recuento de los hombres eminentes que cultivan hoy en Italia el arte, la literatura, las ciencias o la filosofía, me encuentro con que los más de ellos viven fuera de Roma; en Nápoles, en Florencia, en Turín, en Bolonia, en Padua..., etc., etc. Mucho menos de esto sucede en Francia, cuya centralización cultural es enorme. Y muy poco en España, donde acaso apenas se exceptúa, fuera de algún que otro islote —como este de Salamanca—, Cataluña, en que la diversidad de lengua produce una cierta autonomía cultural.

A todos los jóvenes intelectuales provincianos suelo aconsejarles que no se dejen ganar por Madrid, y no por aversión a la villa y corte, no, sino porque estoy convencido de que el porvenir cultural de España depende en gran parte de que logremos descentralizar la cultura. Diez universidades son, sin duda, desde el punto de vista económico y de hacienda pública, demasiadas universidades para una población de 20 000 000 de habitantes, y donde no son tantos como se dice, ni mucho menos, los que cursan carreras; pero si esas diez universidades fuesen no solo diez fábricas de licenciados en facultades literarias y científicas, sino diez focos de cultura artística, literaria, científica y filosófica, aun me parecerían pocas, y habría que sostenerlas y no con más empeño a la que costase menos o produjese

económicamente más. Y que son tales focos, aunque no en la medida en que debieran serlo, no cabe negarlo.

Soy uno de los españoles —de entre los que escribimos para el público, se entiende— que más capitales de provincia conozco, pues es uno de mis mayores placeres recorrer ciudades, villas, villorrios, lugarejos y aldeas de España. Y en casi todas las capitales de provincia que he visitado, mejor dicho, en todas, he encontrado algún hombre o algunos hombres que podrían hacer mucho por la cultura del rincón de mundo en que Dios les puso, si no se dejaran ganar de ese desaliento previo, de antemano, que se expresa en nuestra quejumbrosidad. Es falta de temple moral.

Y es falta de educación. De una fuerte, recia y sólida educación clásica y filosófica. El joven intelectual provinciano cae fácilmente en literalismo, en diletantismo. Los grandes y eternos problemas humanos se le escapan. Le ha faltado disciplina. Ha leído acaso a Nietzsche en alguna detestable traducción de cualquier biblioteca barata de vulgarización, pero no se ha puesto a aprender alemán, pongo por caso, para leer y releer y meditar a Kant. Y esto no es tan difícil como a primera vista parece. Estudió en el instituto la asignatura —¡qué nombre tan feo es este de asignatura!— de psicología, lógica y ética, y acaso le dieron premio y matrícula de honor en ella, pero

con eso tal vez cobró odio a la psicología, a la lógica y a la ética, sin saber lo que son.

Son muchos los españoles, y españoles muy cultos, que creen que somos un pueblo refractario a la alta y desinteresada especulación filosófica, un pueblo afilosófico. Nuestro realismo tan pegado a tierra parece darles razón. Séneca, el moralista, no fue en rigor un metafísico. Pero yo creo más bien que nuestra filosofía, la que anda difusa y esparcida en nuestra literatura y no en obras estrictamente filosóficas, está por formular; yo creo que nuestro realismo, lo que yo llamaría, con una expresión que a muchos parecerá paradójica, nuestro espiritualismo materialista, esto de tomar el espíritu a lo material, no ha encontrado aún quien lo sistematice. Tomando la palabra idealismo en su sentido más estricto y técnico, en aquel en que lo toma, verbigracia, Cohen en su Lógica de conocimiento puro (Logik der reinen Erkenntniss) cuando dice que la historia nos muestra una notable oposición entre los espiritualistas, que representan al Logos, y los criticistas, que pelean por las ideas y ante todo por la idea, creo poder afirmar que el español no pelea por la idea, no es idealista. No somos de los que sacrificamos los hombres a las ideas, sino al revés, las ideas a los hombres. Y en este sentido técnico y preciso puede y debe decirse que Don Quijote, tan idealista en la acepción vulgar y ambigua de esta denominación, era

en rigor un antiidealista. Pero este nuestro antiidealismo espiritualista, pragmatista y realista no ha sido, que yo sepa, íntegramente formulado.

¿Y cómo estos problemas, los más altos a que una inteligencia pueda dedicarse, despiertan entre nosotros tan poco interés? Sigo creyendo que no es sino defecto de educación. Y que ese mismo nuestro pragmaticismo nos lleva a desdeñarlos. Y es natural: una ciudad en que apenas si hay más preocupaciones que las de ganarse el pan, hacer dinero y divertirse, acaba por ser un ámbito tristísimo para ciertos espíritus de selección.

Hay una cierta ciudad populosa donde no escasea el dinero, donde hay actividad y hasta fiebre de negocios, donde las calles ofrecen el aspecto de una población próspera, donde las diversiones —teatros, ópera, cines, carreras de caballos, etc., etc.— abundan y donde no escasean las gentes de ingenio y viveza. Pues bien: un amigo mío se vio arrastrado por vicisitudes de la vida a esa gran capital, y me escribía diciéndome que la encontraba triste, muy triste. Y conociendo como conozco a mi amigo, y conociendo también algo a esa gran capital, aunque jamás he estado en ella, me explico muy bien la tristeza de mi amigo. Él sueña con Oxford, con Gotinga, con Bolonia, con...

Y menos mal cuando el inadaptado, y acaso inadaptable, no cae en cualquiera de esos desesperados remedios contra el aburrimiento. Por ejemplo, en el juego, ese feroz azote, no tanto del bienestar de las familias, como de la inteligencia. Porque estoy convencido de que el juego estropea la inteligencia aún más que el alcohol. Prefiero tratar y conversar con un alcohólico a tratar y conversar con un jugador. Y este del juego es el terrible castigo de las capitales de provincia donde la vida espiritual dormita; es el abismo en que caen las sociedades a que no inquietan las eternas inquietudes de una conciencia de veras despierta.

Salamanca, setiembre de 1913.

En la peña de Francia

Para descansar de las visiones de miseria, de los barrancos hurdanos, para digerirlas más bien, ¿Qué mejor sino la cumbre de la Peña de Francia, al abrigo del venerado santuario? Allá arriba, pues, ascendiendo paso a paso y huelgo a huelgo el pedregoso sendero; allá arriba, a hacer provisión de sol y de aire y de reposo.

Allí, en la cumbre, allí sí que parece la vida un sueño y un soplo. Pero un sueño restaurador de la vela. «Tal cosa es la vida —dijo Leopardi—, que para soportarla hase menester de tiempo en tiempo, deponiéndola, recojer un poco de aliento y restaurarse con un gusto y como una partecilla de muerte».

Allí arriba, en la cumbre de la Peña de Francia, sentía caer las horas, hilo a hilo, gota a gota, en la eternidad, como lluvia en el mar. Mejor que gota a gota diría copo a copo, pues que caían silenciosas, como cae la nieve, y blancas. Es del silencio sobre todo de lo que allí se goza. No se oye a la alondra que, elevándose desde los surcos del sembrado de las llanuras, siembra su canto desde el cielo, sino que se ve al buitre cernerse sin ruido sobre nuestras cabezas, o tal vez a nuestros pies. Porque hay aire debajo, como le hay encima y en derredor de nosotros.

¿Distracciones? ¿Diversiones? ¡No; a Dios gracias, no! Ni distracción, ni di–versión, sino más bien in–tracción e inversión. Al perderse así en aquel ámbito de aire hay que meterse en sí mismo. Pero en lo mejor de sí. Meditar, esto es, vagabundear con el espíritu por los campos de lo indefinido, mientras se contempla aquellas negras masas de mosquitas al abrigo de los muros interiores del santuario, en la iglesia y en las celdas, o mientras se espera qué hará al llegar al extremo de la varita aquella vaquita de san Antón —tan redondita, roja y con sus pintitas negras— que la pusimos en la cucaña para matar en algo el tiempo, o mientras oímos perderse en el aire de la cumbre los sones de la salve del rosario, que brotan del coro al despedirse el día.

En la vida de sosiego cualquier accidente cobra relieve. Hay que ir a despedir, escoltándolo un trecho, al que baja al llano y se va; hay que salir al encuentro del que sube. ¿Quién será ese que viene?

Y luego horas y más horas en ver tenderse a nuestros pies, como un mapa que sobre una mesa se despliega, el llano.

De la parte sur, por detrás de la intrincada malla de los montes de las Hurdes, el llano de Extremadura brillando al sol, la principal incubadora que fue de nuestros viejos

conquistadores. Y del lado del norte, este mi campo de Salamanca, este dorado campo de mis ensueños de otoño.

Me pongo de cara a la ciudad, que está allí, por sobre aquel piquito oscuro. A mi derecha, al naciente, el macizo de la sierra de Béjar, el Calvitero, en forma de gigantesca parva. Brillan algunas casas de Béjar. Saludo a la cima hermana, más alta que esta en que estoy, y donde una vez, antes de rayar el alba, acostado en tierra y sin más techo que el cielo, me vi envuelto en una nube de tormenta. Y fue entonces cuando comprendí al Dios del Sinaí.

Más acá de Béjar, y a mi derecha también, la región de la sierra de Francia. El río Francia va allá, por dentro de esa mancha que marca su tajo. Allí abajo está San Martín del Castañar, con las ruinas de su castillo, cubierto en parte por el manto verde de la yedra, y más allá, después de pasado Sequeros, Miranda, del Castañar también, y también con su castillo. A cada uno de esos pueblecitos se podría bajar en un vuelo desde esta altura, sin más que dejarse planear, con las alas quietas. En esos castillos habitaron acaso señores cuando los señores vivían en el campo, allá, qué sé yo..., en los viejos tiempos de Maricastaña, en los días aquellos en que las hijas de los reyes según canta la canción infantil. Y todo ello son hoy canciones de niños. Los castillos de Castilla están vacíos, y los nietos de los que los levantaron no es que no los

habiten, es que los dejan arruinarse y abatirse a tierra. A lo mejor sirven sus piedras para hacer cercas.

Aquí, más cerca, diríase que a un tiro, otras ruinas, las ruinas del convento de abajo, junto al Maíllo. Era el convento de invierno que tenían los dominicos que veraneaban en este convento alto de la cima de la Peña. Pocas cosas más melancólicas que una colmena silenciosa y desierta. Y entre este convento abandonado y aquel otro pobre convento de franciscas, el del Zarzoso, que se ve allí blanquear en la cuesta, ese manchón de verdura por donde se guarecen los corzos y adonde a las veces baja el jabalí.

A la izquierda, en aquel tapiz de tan variados matices y cambiantes, donde predomina el oro, brilla a las veces, a la caída de la tarde, y como un ojo celeste en la tierra, la laguna del Cristo de la Laguna. Y me sube del fondo de los recuerdos uno que allí se me grabó para siempre: el de una tarde, puesto ya el sol, en que al trasponer un pliegue del terreno vi de pronto a las encinas como mirándose en un cielo que se extendiera a sus pies.

Otra vez, a la derecha, aquí, cerca, asomando tras esa loma, los tejados de la Alberca, a que domina la torre de la iglesia. Estos pueblos que se pueden abarcar así desde lo alto, en una ojeada, y que se diría cabe cojerlos en un

puño. Y allí dentro es todo un mundo. Y cerrando los ojos veo las negras calles de la Alberca, los balconajes de madera, los aleros voladizos de sus casas, las mujeres sentadas en el umbral de las puertas y los niños jugando en la calle, y allí, en la fuente, una moza llenando el cántaro. Y corre la vida, como el agua de un arroyo que baja de la cumbre entre guijarrales. Y a las veces, el agua se enturbia. Y otras, como en este verano, casi se extingue por la sequía. Robustos castaños ciñen a la Alberca. Y los hombres miran al cielo, por si llueve sobre la tierra.

¿Y si no llueve? Si no llueve, los frutos abortan en leche, y a otros les ataca el tizón. Cuando el fruto de la encina, y aun el de otros árboles, se enferma, se mela, destila a tierra mangla, que cosechan las abejas, pues es la mangla dulcísimo tributo para la miel de la colmena. Destila miel el pobre árbol enfermo.

Una mañana, al levantarme antes que el sol y salir a saludar al campo, cubría la llanada un mar de nieblas sobre que se destacaban, como islotes, algunas colinas. Por desgarrones del mar veíase a ratos su fondo verde. Es una visión que recuerdo siempre que en el fondo de estas ciudades del llano en que vivimos amanece un día sin sol, por velarlo la niebla baja. Esta baja niebla, que retiene y arrastra sobre los plantíos los gérmenes del añublo. A la cumbre, donde no llegan las nieblas, tampoco llega

el añublo del espíritu. Se añubla el alma, como el trigo, bajo la niebla que forma el vaho de nuestras mismas concupiscencias.

Allá lejos está la ciudad. No se la ve, pero se la adivina. Y allí caen las horas con ruido, como la lluvia sobre el empavesado de sus calles, sobre las losas estériles. Ese ruido se hace a las veces un rumor continuo, como el del agua que muele en una aceña, y acaba uno por no oírlo y se duerme brezado por él. Pero no se goza del silencio de que se goza aquí, en la cumbre, donde no hay aceña ni hay molienda.

Allá, lejos, tras la enorme parva del Calvitero, asoman los dientes de la sierra de Gredos, cual mordiendo al cielo. Y recuerdo aquellos versos del estupendo soneto de García Tassara, los que dicen:

Cumbres del Guadarrama y de Fuenfría,
columnas de la tierra castellana...

Columnas, sí, pero truncas. ¿Qué sostienen? ¿Acaso el cielo? ¿O no son más bien lo que nos resta de un vasto templo que cobijó a un dios, hoy muerto, en algún tiempo? ¿O no son torres babélicas de la naturaleza, de cuando ésta quiso escalar el cielo? Aquí, bajo mis pies, dentro de esta Peña de Francia, ¿no sufre y espera algún

Encélado, algún titán preso? Todo este reposo ¿no está preñado acaso de inquietudes? ¿No es este el punto de equilibrio en que se encuentran enormes fuerzas que se contrapesan?

Algo así debe de ser, porque del seno de este reposo siento que me invaden el alma aluviones de energía y un tumulto de pensamientos informes, de larvas de ideas, que, formando nebulosa, buscan liberación. El silencio está preñado de rumores. Y de las visiones de esos pueblecillos tendidos a mis pies parece subir la llamada de la patria. Esta alfombra que se despliega aquí, debajo mío, es un pedazo del cuerpo de España.

Hay que bajar de la cumbre, dejando a los buitres que se ciernan sobre ella. Dentro de unos meses la veré a lo lejos cubierta de nieve.

Salamanca

Sí ya sé que un publicista se debe a su público, un escritor a sus lectores, hasta cada uno de ellos, pero esto tiene, como es natural, sus límites. No puede llegar a que se escriban artículos, crónicas o correspondencias criptográficas, quiero decir con clave, cuyo último sentido solo un lector o un pequeño grupo de lectores comprenda, y tampoco se puede llegar a ponerse el escritor a merced de uno cualquiera de sus lectores que le diga: «Escriba usted sobre esto o lo otro».

Traigo esto a cuento de las cartas que de vez en cuando recibo, en que este o aquel de mis lectores me invita y ruega a que escriba sobre tal o cual asunto que a él le interesa, sin considerar si me interesa a mí o ha de interesar a otros lectores. Esas cartas suelen serme preciosas, en cuanto me dan de ordinario interesantes datos y noticias, que aprovecho cuando la ocasión se me presenta; pero no creo que los que me las escriben pretendan dictarme los argumentos de mis correspondencias.

«Sí, usted mucho de alardear de independencia de criterio y de franqueza —venía a decirme en una segunda carta uno de esos espontáneos corresponsales—, ¡pero qué poco ha dicho usted, nada, de lo que le indiqué

que dijera!». Pues bien: sepa, señor mío, que no me gusta sacar a otros las castañas del fuego, como suele decirse, y que si he dicho y repetido cien veces aquellas palabras de san Pablo, de que hay que decir la verdad oportuna e inoportunamente, de la oportunidad o de la inoportunidad de decirla he de juzgar yo y no los demás. Cierto que debe decirse la verdad, pero hay muchas más verdades que decir que tiempo para decirlas, y si digo las verdades a, b, c y d, que usted quiere que diga, dejaré de decir las verdades x, y y z, que son las que quiero decir. Y no cabe decir dos cosas a un tiempo, ya que la palabra se desarrolla en tiempo y no en espacio. No es, pues, que yo tema decir lo que usted quiere que diga; es que tengo que decir otras cosas que me parecen de más momento o por ahora me interesan más.

Y voy ahora a lo que otro me dice, y es cómo, habiendo escrito aquí de tantos pueblos como en mis correrías por España y Portugal he visitado, no he dedicado una sola correspondencia a describir a mis lectores esta Salamanca en que vivo y trabajo.

La cosa me parece sencilla. En primer lugar, los otros pueblos los visito y los describo como turista o viajero curioso, y este, en que vivo, no lo visito; este es mi hogar. Además, ¿no están mis correspondencias todas llenas de esta Salamanca en que vivo y escribo y trabajo? ¿No

vibra en ellas su ambiente todo? Porque si no es así, os declaro que estas mis correspondencias no valen nada, absolutamente nada.

Más de uno me ha reprochado la personalidad de mis escritos; el que me pongo en ellos; el que siempre se me ve allí; el que yo, el yo que unos llaman impertinente y otros satánico, se mueve y agita en sus líneas todas. Confieso, en efecto, que no profeso las doctrinas de Flaubert respecto a la impersonalidad en el arte; es más, que creo que esas doctrinas no son sinceras y que si gusto tanto de los escritos de Flaubert, de sus novelas, es porque veo en ellas a Flaubert mismo y mucho más desde que leí su extraordinaria correspondencia privada. Los únicos escritores perfectamente impersonales son los que carecen de toda personalidad, y entre ellos los puros eruditos y los meros informadores.

No puedo evitar el ponerme en mis escritos, y como nadie es más que el producto de la sociedad en que vive y de la que vive; como todos somos condensación del ambiente en que vivimos, todo el que acierte a ponerse en sus obras pone a su patria, chica y grande, en ellas. Y yo os digo que quienes sigan con alguna atención mis escritos conocen esta mi Salamanca mucho mejor que cuantas ciudades haya descrito en ellos. Permitidme una comparación, aunque a alguien pueda parecerle

presuntuosa. Hay cuadros de Velázquez y del Greco en que apenas hay fondo de paisaje, pero a través de aquellas figuras de hombres, de hombres solos que llenan todo el cuadro, se ve el paisaje castellano, se ve su celaje. Recuerdo un cuadro moderno, de pintor vivo, que representaba un viejo marino mirando desde una atalaya al mar. En el cuadro no se veía ni el más pequeño retazo de mar, pero a los que conocemos a este les aseguro que el mar se nos presentaba allí mucho más vivo que pintado. En los ojos del viejo marino, en su mirada, veíamos el mar.

Sí, yo podría describiros esta ciudad y ejercitar mi mayor o menor virtuosidad en la descripción literaria. Podría deciros cómo esta ciudad de Salamanca, asentada en un llano, orillas del Tormes, es una ciudad abierta y alegre, sí, muy alegre. Como el sol, que sobre ella brilla, ha dorado las piedras de sus torres, sus templos y sus palacios, esa piedra dulce y blanda, que recién sacada de la cantera se corta como el queso, a cuchillo, y luego se oxida toma ese color caliente, de oro viejo, y cómo a la caída de la tarde es una fiesta para los ojos y para el espíritu ver a la ciudad, como poso del cielo en la tierra, destacar su oro sobre la plata del cielo y reflejarse, se desdobla, en las aguas del Tormes, pareciendo un friso suspendido en el espacio, algo de magia y de leyenda.

Podría hablaros del follaje de piedra de sus fachadas, de la riquísima ornamentación de sus tallas platerescas y de cómo nació aquí el plateresco. Estilo, sin duda, recargado, gongorino, aunque no tanto como el manuelino portugués. Aquí, en esta misma Universidad, junto a la cual estoy escribiendo, hay una fachada del siglo XVI, que se les invita y enseña a admirar a los visitantes y turistas; pero yo prefiero otros más antiguos y más ingenuos adornos que dentro de ella, a su entrada, hay en el techo. La fachada es más talla que arquitectura y peca de profusión. Prefiero los encantadores patriarcas —Abraham, Salomón, David, Daniel— que cierran las nervaturas de las bóvedas. Eso sí, la fachada se abre a un patio exterior que es un encanto y un consuelo. Luego que ha cesado el vocerío estudiantil, cuando están cerradas y mudas las aulas, en horas o en días de vacación, sobre todo en las tardes lentas del verano, ese patio de las Escuelas Menores, con su broncíneo fray Luis de León en el centro, sobre su pedestal, con un eterno gesto de apaciguamiento, es algo que habla al alma de lo eterno y lo permanente. No doy por nada del mundo ese patio, henchido en su silencio de rumores seculares, ese patio sin ruido de tranvías ni de ferrocarriles ni de vana agitación humana.

Si quieres bullicio, aunque bullicio moderado y tranquilo y cotidiano, y casi diré doméstico bullicio como

aquel con que los niños llenan un hogar, acudid en esta ciudad de Salamanca a su hermosa Plaza Mayor, una de las plazas más armoniosas, según me decía el arquitecto alemán Jürgens. Una plaza cuadrada —es decir, un cuadrilátero, no un cuadrado— con sus soportales y toda llena de aire y de luz. Una tarde, paseándonos los dos por ella, me decía mi amigo el gran poeta peninsular, o mejor ibérico, Guerra Junqueiro: «Me gusta esta plaza porque en ella la muchedumbre tiene movimientos rítmicos». Y, en efecto, circulan bajo sus soportales los hombres y las mujeres en dos filas, separados, se dan cara, ellos hacia la parte de fuera, en el sentido del reloj, ellas por la parte de dentro, en el otro sentido. Y hay algo de litúrgico en este circular —mejor sería decir «cuadrar»— de las gentes de la ciudad por su plaza. Salmantino hay que puede decirse que vive en ella. Es el principal mentidero de la ciudad; es también su principal escuela de haraganería. Y sin molestias de tranvías.

Fue el mismo Guerra Junqueiro quien otra vez me dijo: «Feliz usted que vive en una ciudad por muchas de cuyas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño». Y así es. Hay viejas calles, como la de la Compañía, al pie de palacios y templos dorados por los soles de los siglos, en que puede uno ir soñando en una España celestial, colgada para siempre de las estrellas. Y hay un rincón, junto al convento e iglesia de las Úrsulas,

entre álamos que allá en la primavera, cuando brota en ellos el tierno plumoncillo de las hojas nuevas, nos da la sensación de que el tiempo se detiene y remansa en la eternidad, de un pasado que es a la vez un porvenir, de una puesta de sol que se confunde con el alba.

Y los sotos de las orillas del río, con su verdura discreta y sobria, sin esa lujuriosa exuberancia de los países de selva, con esas dulces perspectivas virgilianas u horacianas. Ha sido en paisajes así, limitados, sencillos, al parecer pobres, donde ha nacido la poesía eglógica. Aquí se inspiró fray Luis de León. Y los que hablan de la fealdad del campo castellano no saben lo que se dicen. Tienen la vista vulgarizada por los cromos de comedor de fonda.

Y como los frescos sotos de las márgenes del río, son los sotos de columnas de estas iglesias y estas catedrales —pues aquí hay dos. También estos bosquecillos de columnas, con su pétreo follaje de capiteles, con sus bóvedas que se cierran, dejan correr por medio de ellos un cauce, aunque de aguas invisibles. Cuando el órgano resuena se oye el rumor de esas aguas del espíritu. Y en medio de la catedral vieja, la románica —ya a comienzos del gótico—, la medioeval, entre sus fuertes columnas elefantinas, se ve cómo nació la patria. Y allí se sueña con aquel bravo obispo don Jerónimo, el francés, del

Perigord, el coronado que vino de la parte de Oriente, según reza el viejo Cantar de Mio Cid, el que acompañó a Rodrigo Díaz de Vivar en su conquista de Valencia, el que le pedía le otorgase las primeras acometidas, aquel obispo que quería mojar su lanza en sangre de moros y cuyos huesos, tan molidos un tiempo, descansan hoy aquí, en Salamanca. Y cerca de donde descansa el viejo y negro crucifijo que el Cid llevaba en sus campañas, el Cristo de las batallas. ¡Cuántas cosas no dice ese Cristo de las batallas, que tantas arrancadas presenciara!

De la vieja leyenda nigromántica y alquímica de esta ciudad, de lo que ha hecho que el nombre de Salamanca signifique lo que significa en apartados rincones de esa tierra americana —¡la Salamanca!—, de esa, ¿qué he de deciros? Aún discuten aquí dónde se encontraban las famosas cuevas en que el marqués de Villena se dedicaba a sus brujerías y encantamientos.

¿Y qué de la Salamanca de la Celestina y de la del estudiante de Salamanca de Espronceda, con su calle del Ataúd, que hoy lleva otro nombre? Estudiantes, aunque no como aquel, aún quedan, y Celestinas me parece que también.

Y no creas que con todo eso sea esta una ciudad muerta que solo vive de su pasado y de sus recuerdos de

gloria, no. Es una ciudad que crece, aunque lentamente; una ciudad que extiende su comercio, y aunque en menor escala, también su industria y su agricultura. Crece sin ruido y sin fantasía. Y una ciudad alegre, íntimamente alegre. No juzgues por mí, ni atribuyas a Salamanca eso que algunos llaman, no sé bien por qué, mi misantropía. Aquí la gente murmura, como en todas las ciudades pequeñas y también en las grandes, pero murmura de todo, unas veces de lo chico, otras de lo grande, unas de lo humano y otras hasta de lo divino.

Porque eso de que ésta sea una ciudad levítica y conventual es una de las más infundadas y ridículas leyendas. No hay nada de eso. A fines del siglo XVIII y principios del XIX, cuando se educó aquí el general Belgrano, era esta universidad un foco de enciclopedistas y afrancesados. Aquí profesaba entonces un don Toribio Núñez, asiduo corresponsal de Bentham, que en alguna de sus cartas deseaba para Oxford la libertad de espíritu que aquí entonces reinaba. Más adelante, desde 1814 a la época de nuestra revolución de septiembre, en 1868, esta ciudad y su universidad corrieron la general suerte, bien triste, de la nación toda. En la época de la Revolución y de la República esta ciudad fue de las más cantonales, y durante la Restauración los republicanos dominaron en ella y siempre que supieron unirse, en su concejo. Cuando yo vine acá, en 1891, los republicanos dominaban y hoy,

aunque acaso todavía sean la mayoría, si no dominan es porque en toda España se están derritiendo y fundiendo en no sé qué otras categorías políticas que apenas si alborean y en que la cuestión de la forma de gobierno significa poco.

Pero... ¿levítica? ¿Levítica Salamanca? Conozco pocas ciudades de mayor tolerancia y amplitud de espíritu. Cierto es que aquí hay procesiones a cada momento, pero eso es algo estético, ornamental. La Plaza Mayor parece haberse hecho para celebrar en ella procesiones, sean religiosas o cívicas, sobre todo a la caída de la tarde, al anochecer, y con cirios y velas. Los balcones se cuelgan y es una verdadera fiesta para los ojos. La gente gusta del espectáculo. Y si la procesión va nutrida de ella, sobre todo de mujeres, he visto entierros civiles concurridísimos. Y nunca, jamás, he sido testigo de esas violencias de palabra y de obra que en otras poblaciones —en la mía natal, Bilbao, por ejemplo— ocurren en estos casos.

Me dirás que es porque aquí a nadie le importa nada, porque la gente es indiferente a esas luchas. No, no es eso precisamente. Es que en este ambiente, bajo este cielo, al pie del oro secular de estos monumentos, esos motines callejeros serían una discordancia. En esta plaza en que la muchedumbre discurre rítmicamente, una refriega

seria algo estridente y atópico. (Atópico, acaso tenga que decirlo, dice en la relación de espacio lo que anacrónico en la de tiempo). Y no es que alguna vez no las haya habido.

Y por debajo de todo esto, subterráneamente por así decirlo, fluye una cierta vida espiritual en esta ciudad, una vida espiritual mucho más intensa que en otras ciudades españolas de mayor población y de más activo movimiento mercantil e industrial. No creo que en los tiempos famosos de esta universidad interesaran aquí las eternas cuestiones más que hoy interesan.

Cierto es que, en el respecto de la cultura, tiene esta ciudad la desventaja de la lejanía del mar. Aunque me parezcan exageradas expresiones como aquella de que la civilización no llega sino hasta donde llega la marea, y la de que solo tienen sal en el espíritu los que se han criado oliendo la sal marina, creo, sí, que el mar ha sido el gran elemento civilizador. Pero civilización es una cosa y cultura otra y acaso la vida intelectual de un puerto tenga más de bambolla y de apariencia que de realidad íntima. Los fenicios, el gran pueblo navegante y comercial, trasportó ideas más bien que las creó, las puso en circulación. Fue un pueblo hierático, sacerdotal, el Egipto, el que realmente inventó el alfabeto, y fue un pueblo mercantil, Fenicia, el que para utilidad de sus

letras de cambio, desamortizó y civilizó —esto es, hizo civil— ese secreto sacerdotal. Nací, me crié, me eduqué y viví hasta mis veintisiete años en un puerto y después me vine a esta ciudad interior, de la meseta, por donde corre un río que no trae ni lleva más que sus aguas; pero puedo aseguraros que si allí, en mi nativo Bilbao, se me despertó y aguzó el sentido de la curiosidad universal, de la inquisitividad —páseseme la palabra—, aquí no me ha faltado materia en que ejercerlo. Y acaso con ventaja.

Pero ¿a qué he de hablaros más de esta ciudad? Siempre que os hablo de mí, de mi España, de cualquier otra cosa, os estoy hablando de ella. No la juzgues por mí solo, pero creed que si hay algo en mí y en mis escritos que os satisfaga, a esta ciudad de Salamanca se debe ello en mucha parte.

Salamanca, abril de 1914.

Frente a los negrillos

Conoces lector, aquella media docena de cuartetas que dedicó a un árbol Vicent Wenceslao Querol, el entrañable poeta, y figuran en sus Rimas. Fue a un árbol que su padre plantara el día mismo en que el poeta vio la primera luz. Luego

Yo abandoné, buscando horas
felices, mi pobre hogar por la
mansión extraña, y él, inmutable,
ahondaba sus raíces junto al arroyo
que sus plantas baña.
Hoy, rugosa la frente y seca el alma,
cuando hasta el eco de mi voz me
asombra, vengo a encontrar
la apetecida calma
del tronco amigo a la propicia sombra.
Y evoco las memorias indecisas
de la edad juvenil, sueños perdidos,
mientras juegan sus ramas con
las brisas y al alegre rumor cantan los nidos.
Mi vida agosta ese dolor interno con que
los ojos y la frente enluto;
él abre en mayo su capullo tierno
y da en octubre el aromado fruto.

¿Por qué a este dulcísimo y tan jugoso Querol se le tiene como arrinconado, cuando se asenderea tanto a otros que no hicieron sino canturrear manidos estribillos? Yo gusto a las veces, en horas de languidez y desgana de estudio, ramonear en sus Rimas, y siempre encuentro en ellas, a más del viejo arregosto, un dejo nuevo de dulzura. Hoy lo abrí al remembrar ese árbol, mientras veo cubrirse de verdor a esos negrillos que se amparan ahí enfrente, al abrigo del convento. En esa verdura se sosiega mi magín y paran en ella mis mientes. Sobre esa verdura pasan las nubes. Fuera del bullicio de calles y plazuelas, ese verdor es como un reclamo al silencio y al aquietamiento interiores.

A las veces me figuro que el árbol me mira y que tiene una clara, dulce y ancha mirada con sus mil ojos verdes, que se abren a mamar la lumbre del sol, y que me adiestra, no más que mirándome, en la lección de la paciencia. Nada de querer saltar los días para que llegue lo más pronto posible la noticia que haga por un momento estremecer al corazón. En balde tener puesto el ahínco todo en que corra la cinta de la Historia.

En horas de sequedad íntima, cuando uno se desespera y entristece al dar en pensar que se le haya agostado el manantial de la fantasía, es confortamiento contemplar al árbol que cada primavera es como si resucitase.

Viajero incansable de los campos del espíritu, cuyos más escarpados vericuetos he trepado por pura ansia de columbrar las lontananzas del misterio desde una nueva atalaya, me place asentar mi mente en la ramada de ese árbol y percatar la tierra de entrañas negras y silenciosas, la tierra de donde saca su jugo el verdor de la copa del negrillo.

Podría decir con Séneca que cuantas veces me entrometí con los hombres volví de ellos a mí mismo más inhumano. En cambio, nunca he sentido rebullir más reciamente dentro de mí a la patria, y con ella a sus hijos de todos los tiempos a quienes la muerte dio vida más honda, como cuando me he dejado olvidar en medio de un monte de encinas o siquiera de un soto de álamos. Los pensamientos y los sentires, todo esto que me proviene de ella y de ellos, parece como si se me envencijasen, se corrobora así en gavilla, cuando lejos de mis vecinos de hoy me entrego a mi quimera en la soledad del campo.

Porque los hombres que bregan y luchan en esta vida y en su historia, no hacen sino trillarnos las ideas y aventárnoslas luego con sus arremetidas. En la conversación misma, por muy apaciguada y amistosa que sea, las ideas se derriten más que se cuajan, y los sentimientos se disuelven y no se condensan. Hay que aprender a conocer y querer a los prójimos en el recato del aislamiento, dentro de sí mismo y fuera de ellos.

Es el trato social lo que le hace a uno descontentadizo y mal esperanzado, y es sumergirse en el paisaje lo que nos hace recobrar fe en un dichoso porvenir de la patria. Viendo desde una cumbre de una de las sierras de Castilla desplegarse a mis pies como alfombra en el cielo, desprendida de todo grosero peso de materialidad, un vasto retazo del cuerpo de España, me surgía del corazón la confianza de que el sol que lo curte ha de alumbrar todavía grandes glorias y perdurables proezas. No es posible que por un escenario así no pasen los más excelsos personajes de la tragedia de la historia.

La primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la patria, después de haberlo hecho estado de conciencia, reflexionar sobre este y elevarlo a idea. Muy cierto que la comarca hace a la casta, el paisaje —y el celaje con él— al paisanaje; pero no tan solo en un sentido terreno y corpóreo, material, y como de tierra a cuerpo —todo barro—, sino además, y acaso muy principalmente, en otro sentido más íntimo, especulativo y espiritual, de visión a espíritu todo barro. Quiero decir que no es solo como alimento de estómago, y por su gea y clima y fauna y flora, como nuestra tierra nos moldea y hiere el alma, sino como visión, entrándonos por los sentidos. Si varios hombres persisten viendo mucho tiempo la misma vista, acabarán por acordar y aunar mucho de su ideación,

estribándola en el espectáculo aquel. Ante un mismo árbol, toman a la postre un mismo cauce las figuraciones de los que lo contemplan. Y es que nos devanamos los sesos sirviéndonos de argadillos los objetos a la vista.

Así, esos negrillos que aquí, a mi frente, se están cubriendo de verdor, me sirven como devanadera de errabundas cavilaciones. En ellos voy poniendo mis pensamientos, que se prenden de sus ramas. Y siempre, en adelante, mientras los mire, evocarán en mí los ratos de intensa vida mental que mirándolos he sorbido. Y esto, aunque ya no llegue a darme clara cuenta de ello. En los muy recónditos recovecos del paisaje en cuyo regazo se nos crió el alma, en escondrijos de él ocultos a un extraño, como que dormitan callados pensamientos nuestros que al volar dejaron allí algo de su vuelo. «Al pasar junto a este escaramujo, por este mismo sendero, años ha, y en vena de poesía, se me ocurrió aquel verso feliz que fue el arranque de todo un poema que, como de una bellota una copuda encina, brotó de él». Y la vista del escaramujo, en que acaso rojean las silvestres rositas de agavanzo, me recuerda el más dulce y vivificante recuerdo de una obra propia, y más si ésta es de poesía: el de su parto.

Es que nuestras mejores y más propias ideas, molla de nuestro espíritu, nos vienen, como de fruta alimenticia, de la visión del mundo que tenemos delante, aunque

luego, con los jugos de la lógica, la trasformemos en quimo ideal, de que sacamos el quilo que nos sustenta. Y que es el que se suda al trabajar. Y estas nuestras ideas, ya trasformadas, especies hechas carne y sangre, hasta hueso, de nuestro espíritu, se agarran como con zarcillos de vid a las visiones, sus madres. Tal rocosa montaña, que alza sus tormos, como almenas de un castillo, al cielo, llega a ser el esqueleto del cuerpo de pensamientos de los que al pie de ella rompen la tierra mirando a la cima por si de allí baja la nube que regará su labranza.

Es que la naturaleza está humanizada por el hombre que la habita y la trabaja. Los árboles son ya, como los animales domésticos, algo nuestro, obra nuestra. Y son, por ello, espejo de nuestra vida y de nuestro pensar.

En horas de soledad íntima, y hasta de resquemores, descansé este invierno mis ojos y mis reconcomios en las ramas peladas y escuetas de esos negrillos, entonces escuálidos y desnudos, y ahora, al verdecer ellos con los soles abrileños y poner yo en su verdura mi vista, siento como que ese verdor primaveral me acaricia zalamero los ojos y me los limpia, y me roza quedamente, como para cerrármelas, las heridas del corazón. Y me corroboro en mi ya viejo empeño de aprender bien la lección del paisaje de nuestra tierra.

En la isla dorada

En Mallorca son algo injusto con los llanos en punto a su belleza. El deslumbramiento que produce la hermosura de la costa montañosa del norte, de sus espléndidas calas, de sus valles y sus barrancas, de sus rocas encendidas que avanzan a bañar su fulgor en el añil del mar, que es como una sangre, todo eso hace que no se aprecie lo debido la copiosa apacibilidad del riente llano de higueras, olivos, almendros y algarrobos.

Mallorca, la isla de oro, debe su fama de hermosa a la montaña costera. La brava sierra que forma la costa brava es como un gran contrafuerte que corre de noroeste a sureste, cubriendo la llanura. Va desde el cabo de Formentor, donde se alzaba el pino que cantó Costa y Llobera, el que al viento sacudía su verde cabellera sobre el rompiente de las olas surgiendo de la roca, sin tierra a sus pies, en el cabo nordeste de la isla, hasta la península de Andraitx, en el cabo suroeste, donde se alzan los ceñudos acantilados sin fronda ni verdura alguna, que primero le saludan al que llega embarcado desde Barcelona. Y toda esa costa es una maravilla luminosa. Diríase una isla de piedras preciosas, de esmeraldas, de topacios, de rubíes, de amatistas, se bañan al sol en su propia sangre. Pues es el mar como sangre de piedras preciosas. Es el mar

homérico, el de la Odisea, el mar de color de vino, el que parece haberse derramado desde las entrañas de las rocas, no es el mar tenebroso que cantara Camoens.

Recorrí buena parte de esa fulgurante cornisa, que es una verdadera obra maestra de Dios, o si se quiere una obra de arte de la naturaleza. Parece hecha aposta para que el hombre aprenda a soñar. Y aquí no es, como en la Castilla de Calderón, la vida sueño; aquí el sueño es lo que se tiene ante los ojos, aquí la naturaleza es sueño. Pero sueño de mediodía de verano, palpable y firme, donde la luz del cielo se adensa y cuaja en formas claras y precisas. Es un paisaje —aunque este término de paisaje resulte aquí flojo y desvaído—, es un paisaje intelectual, contemplativo, seguro de sí mismo. Gea y flora y hasta fauna se abrazan y como que se mezclan y hasta confunden.

Se hacen los árboles como rocas y otras veces fingen —¡oh los olivos de Valldemosa— monstruos prehistóricos y las rocas se hacen como troncos gigantescos o como enigmáticos gigantescos dragones. No, no son fantásticos delirios aquellos que pintó el gran poeta de la luz de Mallorca, el pintor Mir, que embriagado de sol, como suelen estarlo las cigarras, pintó como éstas cantan en los pinos, brezando la modorrienta siesta del mar, con un estremecimiento de las entrañas. El pobre Mir acabó

en que se le desvaneciera la razón —que me dicen ha recobrado ya— en su lucha por volver al arte lo que a este arrebató la naturaleza.

Mi primera excursión a la montaña y la costa fue yendo desde Inca al santuario de Lluch y de este, cruzando sierra, a las bahías de Pollensa y de Alcudia. De Inca a Lluch se sube, siempre al pie del imponente pico —o puig— de la Massanella, el segundo gigante pétreo de la isla, por un verdadero cinematógrafo de hoces y barrancas. Surge algún pueblecillo de esos que parecen eflorescencia de las rocas vestidas de verdura, con su iglesia en lo alto, como un halcón de cetrería en su percha. Así Caimari. Y luego el salto de la Belladona, un derrumbadero tajado a pico y abierto al apacible llano, y donde brotó, como en flor espiritual, una leyenda, la de la dama que arrojó su marido por el despeñadero, y al llegar al altar de Nuestra Señora, la encontró allí sana y salva arrodillada.

Lluch, el santuario, es el Monserrat de Mallorca. Allí, en el corazón espiritual de la isla, y que es como el centro del espinazo rocoso de ella, forma el ceñidor de las montañas, con sus picachos por almenas, como otra isla, un reposadero de calma y de ensueño. No cabe espaciarse sino hacia el cielo, pero se barrunta el mar tras las montañas. ¡El cielo mismo refleja el esplendor del mar encendido. Y aquel valle profundo de Aubarca,

mirando al cual siente uno que se le anega todo recuerdo de la historia!

De Lluch emprendimos una caminata a pie, a Pollensa, por senderos pedregosos franqueando la sierra. Y era el placer de embarcarse entre los árboles hijos de la roca y de beber agua de roca, labios al cauce, y de sentirse lejos de la mentira. Pero los kilómetros se nos alargaban bajo los pies. Consuelo y premio grandes al columbrar allá a lo lejos el mar dibujando montañas. Bajábamos al espléndido valle de March, un jardín donde nos saludaban naranjos y albaricoqueros, y más cerca, a nuestro lado, en un seto, un mirto florido con sus modestas florecillas payesas, blancas, de cinco pétalos —como otros rebosillos que es el tocado de las campesinas— y su plumerillo de estambres a modo de trenza. Y granados en flor.

Ya tarde pusimos pie en Pollensa, donde pernoctamos. No sin que algún viajante insomne o nocherniego nos diese la tabarra cantando, mientras aporreaba el piano, esa infame cancioncilla del: ¡bacalao!, ¡bacalao!, ¡bacalao! ¿Por qué , Dios santo, se extenderán y arraigarán tan pronto esas cancioncillas absurdas? En Mallorca misma, donde apenas se oye música popular indígena, con su letra mallorquina, óyense alguna vez disparatadas coplas castellanas. ¡Y tan disparatadas! Sirvan dos de ejemplo. Una:

Disen que no ma queres porque no llevo quelsones,
mañana me empondré unos que se disen pantalones.

Y otra:

Que es de dichosa una madre que tiene un hijo soldado,
que si muere en el servisio
tiene un entierro pagado.

Mas pasó la noche con su bacalao a la pollensina y subimos al calvario, cuyos cipreses se esmaltan sobre el cielo esplendoroso, uno de estos calvarios de Levante donde el recuerdo mismo de la muerte canta vida o más bien inmortalidad, uno de estos calvarios en que se siente la comunión de los vivos con los muertos en el estremecimiento luminoso de la tierra que comulga con el cielo. Y la vista de que se goza desde el calvario de Pollensa, estupendo mirador —o «miranda», como por allí se dice—, es una hostia de comunión con la naturaleza.

Entra por los ojos la vida universal. En el fondo, colindando con el cielo o se mecen con él en nacaradas lontananzas, las bahías de Pollensa y de Alcudia, y ciñéndolas un intrincamiento de oscuros peñascos, de promontorios, al modo de islotes o de una tropa de enormes cetáceos fosilizados. El cabo Formentor hiende

el mar. Y se ve cómo la isla de oro es una perla entre las dos conchas azules del cielo y del mar.

Alcudia, la ciudad de abolengo romano, duerme o más bien sueña entre las dos bahías. De sus calles silenciosas se exhala paz. La llena un silencio que parece oprimido por el cielo. El mar mismo es allí silencioso. Y sus aguas parecen metálicas. A la distancia finge el mar ese latino una barrera de zafiro, un cercado del cielo. El color del agua es increíble; a trechos casi negro, pero negro de luz.

De Alcudia volvimos a Manacor pasando por la Puebla —o mejor la Pobla—, la parte más fértil de la isla, aunque no la más pintoresca. Hay allí una albufera y el mar empapa a la tierra. Un ejército de molinos de viento le sacan a ésta su agua; pero de estos molinos modernos, de rueda y pequeñas aspas de madera. Aunque no son esos familiares viejos molinos de viento, los de velas, los de Don Quijote, los que os saludan como con la mano, estos otros molinos en tan gran tropa no dejan de animar al paisaje con una nueva vida. Se ve a la tierra trabajando.

Mi segunda excursión fue a Sóller, en donde hay un ferrocarril desde Palma hecho por los sollerines. Cierto es que en esa isla afortunada todo es de sus propios hijos.

Sóller es como otra isla dentro de la isla. Pósase el pueblo en un valle hondo abierto hacia el mar, sedimentado de naranjos y sobre el cual se alzan imponentes picachos, y presidiéndolos el primer gigante pétreo de Mallorca, el Puig Mayor de Torrellas, que sepulta su cresta en el cielo. Es difícil el rebaño de casas de Sóller, asentadas entre la verdura al abrigo de los peñascales. Y luego aquel puertecito apacible y soñador, al que apechugan las montañas, que desde lo más alto de sus márgenes parece cerrada a la vista su entrada, un lago. Los barcos allí deben olvidarse que tienen que salir, pues es como un retiro.

Cerrado Sóller al resto de la isla por su ceñidor de rocas y abierto al mar, los sollerines buscaron más allá de este sus destinos. Se fueron más allá, sobre todo al Mediodía de Francia, toda Europa, a vender sus naranjas, después las de otros, a comerciar en fruta. Y así se enriquecieron. Aspírase un aliento de bienestar por dondequiera. La aurea mediocritas, la discreta fortuna, se ha ido colando por entre aquellos naranjales. Es un pueblo donde la gente se retira a paladear lentamente el fruto del trabajo.

Y en el mismo valle de Sóller hay al pie mismo del Puig Mayor, otra isla dentro de esta isla de la isla de Mallorca. Es Fornalutx. Fornalutx, un pueblecito colgado en la falda del gran peñasco, con sus calles en cuesta, de gradería las

más de ellas, escondido del mundo todo. Desde él no se ve ni aun Sóller, sino tan solo rocas revestidas de fronda y el cielo sostenido sobre las cuchillas de las cumbres rocosas, y una inmensa sensación de anacoresis.

Llegamos a Fornalutx fatigados y sudorosos, y en busca de reposo y de frescura entramos en la iglesia. ¿Dónde más calma y más fresco? Y estando allí sentados salieron unas monjitas a arreglar y orear y limpiar unos velludos. Eran como camareras del Señor o Virgen Madre, sencillas payesas sacristanas. Acompañábanles unas niñas. Y allí, sin cuidarse de nuestra importuna presencia, extendían sus paños, los medía una de ellas, a palmos, con su mano bien abierta, y atendían a su pausado menester doméstico. La iglesita era su casa.

Mallorca está llena de estas monjas de una orden diocesana, isleña y aislada, dicen por decir algo que franciscana; pero dicen bien, porque da la más profunda impresión de franciscanismo. Son las maestras de estos pueblecillos rodeados de masías, son también las enfermeras. Ingenuas payesas de la casta de aquella beata Catalina Tomás, la valldemosina que hablaba con los ángeles del cielo mallorquín, con los espíritus cristianos de las rocas, de los árboles, de las calas, de las cuevas de Mallorca. Porque allí los genios tutelares de la naturaleza se dejaron bautizar. Y el cristianismo mallorquín y

franciscano, campesino, tiene a la vez algo del encendido orientalismo de Ramón Lull.

Al volver de Fornalutx, en Beniaratx, al vernos detenidos, nos dijo una viejecita que había desde allí una mirada molt maca, una vista muy bonita. Y acaso la viejecita de Beniaratx ha llegado serena y contenta, henchida del infinito de su propia limitación, hasta su edad —podría tener más de ochenta años— apacentándose del aire puro de aquel cielo y de vistas hermosas. Acaso no ha salido nunca, no ya de la isla de oro, mas ni del valle de Sóller y toda la pureza del universo ha pasado por su alma. ¿Es que no ha visto en las noches serenas como su alma palpitar en el cielo las estrellas y otras noches a la luna que remoloneaba contemplando la roqueta? Y allá en sus mocedades se estremecería esta viejecita de hoy como se estremecen cantando al sol las cigarras.

Al retirarnos de Sóller, al volver al llano, miraba con mordiente avidez, con mirada de presa, a aquel Fornalutx agazapado en un repliegue de la falda del mayor gigante pétreo de la isla de oro, queriendo llevarme para siempre en el alma su visión. Vendrán días en que necesite del recuerdo de la paz del rincón de Sóller, de su puertecito retirado.

Allí debe experimentar el que viva un profundo sentimiento de seguridad, de que nada ni nadie le amenaza, de que el mar que le comunica con el mundo todo a la vez le protege de él. Antaño, en los siglos en que aún duraba la lucha entre el moro y el cristiano, hasta no hace aún siglo y medio, los corsarios berberiscos asolaban de tiempo en tiempo las costas de Mallorca. Iban a la caza de cautivos a que hubiese luego que rescatar. Y estaban las costas llenas de atalayas y de torres de defensa contra la piratería del moro. Hoy estas torres son miradores. Y en la isla toda se percibe la tranquilidad de la seguridad.

Es espléndido el camino de Sóller a Palma, sembrado de esas hermosas masías mallorquinas que les llaman al pasar y les hablan, con sus ventanas y sus galerías, de la vanidad de correr el mundo. ¿Pero podría uno ya vivir en un Sóller, en una de aquellas casitas que miran al torrente seco, junto a un naranjal, viendo pasar los días y quedarse la vida y apacentando la vista ya con la cumbre que se sepulta en el cielo, ya con el mar que lo sepulta?

Antes de que los sollerines hubiesen hecho —y con sus propios capitales— el ferrocarril de Palma a Sóller, íbase de una a otra población por una carretera que es un cinematógrafo de paisaje y con más de cincuenta rápidas revueltas para bajar al valle de Sóller. El tren lleva más pronto, es claro, pero en cambio tiene aquel túnel, uno de los más largos de España, con todo su cortejo de humo.

He escrito de España y así es, porque Sóller, como toda Mallorca, es desde luego tierra española, ni quiere ser otra cosa. Pero yo no sé qué sutil sugestión se le infiltra a uno en el ánimo haciéndole pensar que cuando allí se halla está lejos de todas las patrias oficiales, de los hombres que luchan y de los que contemplan interesadamente la lucha buscando el modo de aprovecharse de ella.

En la isla dorada sentíame más que extranjero de todas las tierras ciudadano del mundo, pero del mundo de la naturaleza y de la paz. Creo que mientras estuve en la iglesia de Fornalutx, viendo a las monjas —llámanlas, me parece, las de la Pureza— arreglar los paños de la casa de Nuestra Señora, camareras de la Virgen, se me desvaneció hasta lo subconciente de la obsesión de la guerra.

Allí, al lado de Sóller, posa junto al mar un pueblecillo que vi en otra excursión y que es Deyá. Hase de él dicho que es como uno de esos pueblecillos de nacimiento de cartón, y cabría pensar que lo ha ideado y ejecutado aposta una sociedad para el fomento del turismo. Es en su género, el pintoresco, un modelo. No comprendo cómo no se ha popularizado ya como esos otros pueblecillos de los bordes de los lagos suizos o italianos o de la cornisa francesa o de los alrededores de Nápoles, cuyos retratos, más o menos fantaseados y con una romántica luna entre

nubes no pocas veces, figuran en tantos comedores de posadas. Porque Deyá esta pidiendo el cromo, así como sus calas piden el cuadro fuerte que haga presa en la naturaleza.

En Deyá, lo mismo que en Sóller, vese un pueblo de encendido Mediterráneo, al pie de unas rocas que parecen alpinas. No es métricamente ninguna gran cumbre la del Puig Mayor, no llega a los 1 500 metros y, sin embargo, nos hace la impresión de un gran gigante alpino. Es, en parte, que le vemos elevarse desde el nivel del mar cuando a otras grandes montañas las contemplamos desde llanos a una grande altura; mas es también que el ámbito fulgurante de luz parece que los sublima. Y todo, a la vez, es moderado y todo definido y claro. Todo es clásico.

Roqueta de Mallorca, isla dorada donde cantan, ebrias de sol, las cigarras de oro, invitas a vivir en ti una vida de cigarra, se alimenta de aire purísimo cernido por los pinos, olivos, almendros y algarrobos, de luz del cielo y de canto y a dejar a las hormigas el cuidado de atesorar briznas. Allí hay el derecho a la holganza. Pero aquellos hombres, lentos y calmosos, trabajan y trabajan bien. Trabajan lenta y calmosamente, pero con toda la perfección posible, se recrean en su trabajo, en su obra. Los artífices o artesanos son excelentes. Y es que acaso

toda obra es para ellos obra de arte. No es el hacer que se hace y como para salir del paso. Lo hacen todo bien, hasta los versos, los que los hacen. Tendrán más o menos poesía, les faltará acaso brío y hondura o emoción, pero estarán mimosamente cincelados, con una ferviente devoción a la forma. Me enseñaron cerca de Santa María un almendral que era un modelo. Todos los almendros en perfecta formación y todos perfectamente uniformados y equipados. La ordenanza era modelo. Y así el sol les penetraba por entero. Apenas había en ninguno de ellos hoja a que no le diese el sol.

Es Mallorca una tierra bendita para vivir despacio y moderadamente y para trabajar también despacio y moderadamente. Hay quien les llama a los mallorquines holgazanes, mas es sin duda porque no padecen la febril ansia del trabajo que podríamos llamar económico, del que es castigo, del de concurrencia, del padre de las guerras, pero basta ver sus campos y las obras de sus artífices para percatarse de que trabajan, y trabajan bien. Trabajan con un trabajo que se podría decir estético. Más que trabajadores son artesanos, en el más noble y puro sentido de esta palabra, que empieza a desusarse. En aquel espléndido escenario ese bárbaro trabajo que tiende a producir al más bajo precio, ese trabajo servil que está embruteciendo a nuestras generaciones, no puede prender. Creo que los mallorquines sean más

industriosos que industriales. Grandes industrias, de esas de fábrica, de las que encierran como en un redil a grandes masas de trabajadores, no las hay. No hay esas chimeneas que en otras tierras ensucian de trecho en trecho el cielo y la tierra. Una de las industrias más desarrolladas en la isla es la de la zapatería de calzado fino, de obra prima y hacen labores primorosas en calzado de señoras. Pero eso lo hacen artesanos más que obreros o si se quiere artistas, y lo hacen individualmente, cada uno en su casa. Y por cierto que la guerra ha venido a trastornar un poco este sano régimen. En Alaró, pueblo de zapateros, al pie del castillo, último baluarte de la independencia del fugaz reino de Mallorca, me dijeron que esos artistas emigraban a Francia a hacer de prisa y al desbarate calzado de munición para los combatientes. ¡Dios quiera que no vuelvan maleados para su arte!

De vuelta de Sóller me preparé a ir a Valldemosa.

Valldemosa es lo más célebre que como paisaje y lugar de retiro y de goce apacible de la naturaleza tiene Mallorca. Tiene ya su tradición y hasta su leyenda literarias. Le prestigió la Jorge Sand, que pasó allí un invierno con el pobre Chopin enfermo de tisis y enfermo de la Sand y de música, que fue a buscar alivio y recreación en aquel aire alimenticio y aquella luz vivificante. La maternal escritora que no logró allí chocar como quisiera, aunque chocó de

otro modo, se desahogó en su libro Un hiver a Majorque. La menagère se encontró fuera de su centro. Acaso el enfermo mismo le estorbaba, visto que no apreciaban allí su literaria abnegación. Y es curioso leer que se quejaba de falta de caminos en un país que está hoy entretejido de ellos. Pues será difícil encontrar otra región con más y mejores medios de comunicación.

También Rubén Darío pasó en Valldemosa una temporada en sus últimos tristes y torturados años, acaso la última temporada en que gozó de alguna paz. La pasó en la casa misma en que yo estuve alojado diez días, en casa de don Juan Sureda, cuya mallorquina hospitalidad es una honra para la isla. Con don Juan Sureda y con su mujer, Pilar, excelente y emocionada pintora, las horas parece que se van sin sentir y es que se quedan dentro de uno. Habita Sureda en lo que fue morada del prior de los cartujos en la cartuja de Valldemosa y es un espléndido mirador. Allí el pobre Rubén se refugió, maltrecho y ya definitivamente vencido por el diablo amarillo, a emprender la última lucha, la desesperada. Allí escribió algunos de sus últimos, cantos, entre ellos el de la cartuja, después de haber leído una vida de san Bruno. Allí tuvo sin duda la última ilusión de poder vencer al nepente, al licor que haciéndonos olvidar el fondo de la vida nos precipita por él hasta la muerte. Allí pidió, en una de sus crisis, que le llevasen un teólogo,

un confesor, o muy sabio o muy sencillo. Allí visitó a un viejo ermitaño que desde un hospital de Palma se fue a la ermita de la Trinidad de Valldemosa a acostarse a morir entre la fronda que vive de brisa marina perfumada. Al arrancarse Rubén de Valldemosa, cuando le llamaban el mundo y la muerte, llegó por la carretera de Palma a un punto en que describió la airosa fábrica de la catedral y entonces hizo parar el carretón, se descubrió, pidió a su cordial amigo Sureda que le rezase un padrenuestro, contestole devotamente, se santiguó e hizo luego un gesto de trágica resignación que era una despedida y como el último saludo de quien se dispone a arrojarse al abismo. La cartuja de Valldemosa está henchida de recuerdos del pobre Rubén y yo sentía el remordimiento de lo que pude haberle dicho y esperó él que le dijese —me consta— y no le dije, cuando cada día, mañana y noche, pasaba por el cuarto en que el pobre forcejeó espiritualmente contra la nube que le iba ciñendo y ahogando el alma.

Allí abajo, en la Foradada, junto al mar vimos la señal que aún queda del humo de cuando Rubén, ataviado de cocinero, preparó un arroz haciendo fuego entre unas piedras.

Allí, en Valldemosa, brotó aquella espiritual flor campesina que fue la payesita Catalina Tomás, que debía ser la patrona de las criadas de servicio, la santa mucama.

Vivía como una criatura inocente entre ángeles y demonios y éstos le hacían víctima no de sus tentaciones, sino de sus travesuras. Porque los demonios de la pobre payesita valldemosina no pasaban de ser unos mozuelos mal educados que se divertían a costa de la pobrecilla. Ella no supo lo que eran tentaciones. Y es que acaso los demonios en Valldemosa no tientan, sino que fastidian con bromas carnavalescas. Tal vez por ello fue Rubén a buscarlos, huyendo de los otros, de los demonios serios y formales, de los demonios burgueses y de honorabilidad y peso.

La maravilla máxima que para los ojos del alma y para el alma de los ojos ofrece Mallorca está aquí, en Valldemosa, y es la soberbia cornisa de Miramar. Figuraos —si es que estas cosas cabe figurárselas— una abrupta pendiente que baja desde cerca de mil metros hasta el mar, toda ella revestida de fronda, de pinos y olivos y encinas y algarrobos y matas, con salientes por dondequiera para mejor avizorar el mar, con repliegues amorosos, con escotaduras que viste la yedra y abajo, en la costa, acantilados deslumbrantes de luz a cuyo pie duermen aguas de esmeralda, de topacio, de zafiro, y luego el mar nacarado espejando al cielo. Siempre crees tener el mar a la mano y que bastará dar un salto para bañarse en él y vais bajando y parece que el mar baja también.

El archiduque de Austria Luis Salvador, hijo del último duque reinante en Toscana y hermano de aquel Juan Orth de quien no volvió a saberse luego que se hizo al mar, llegó a Mallorca, empezó a comprar fincas en Miramar y allí se afincó propiamente. Llenó aquella espléndida cornisa de caminos y de miradores y de reposaderos y en las alturas de las cumbres hizo refugios. Prohibía que se derribase ni un solo árbol y así el bosque tiende a trechos a convertirse en manigua. Cerca de Deyá hay junto a la carretera un magnífico pino de parasol y lo compró nada más que para que no lo derribaran. Y el buen archiduque, una especie de Diógenes aristocrático, vivía allí, entre los payeses y los pescadores, sin cuidarse mucho del aliño de su persona, lejos del mundo de la etiqueta, matando acaso la última enfermedad espiritual de su linaje. Cuentan que cuando fue a visitar Miramar la emperatriz de Austria, la de la trágica muerte, el archiduque estaba preocupado e inquieto porque nada le decía de la hermosura de aquellos predios, hasta que después de despedirla se volvió alborozado diciendo: «Me ha dicho que ya no le gustará Corfú».

Su amor a los árboles y a los animales era acaso excesivo. No permitía que se los tocase. Cuando se pensó hacer el ferrocarril de Palma a Sóller por la costa, dando un rodeo, de manera que pasase por Valldemosa y Deyá —una línea de turismo— se le pidieron los terrenos suyos

por donde había de pasar, y él, que era generosísimo y que cuanto compraba era para que de ello disfrutasen todos, dijo que los daría gratis, pero que por cada árbol que derribasen habrían de darle dos pesetas y media. «Así —decía— harán la línea derribando el menor número posible de árboles».

Con las cosas que allí, en Valldemosa, se cuentan del archiduque podría hacerse un libro, pero no quiero omitir una. Y es que una vez que iba por uno de aquellos vericuetos, a pie y en la traza y atavío en que solía andar, se encontró con un payés a quien se le había caído una carga de un carro. El payés al verle creyole algún vagabundo, acaso un buhonero, y le pidió que le ayudase a volver a cargar el carro, a lo que el archiduque accedió de muy buen grado. Al concluir la faena, el carretero, no pudiendo acompañarle a echar un trago allí cerca, le dio una pieza de diez céntimos, para que con ella, como propina, se echase la copa, y el archiduque se la tomó y la puso luego en un cuadro, mostrando al cual solía decir: «Es el único dinero que me he ganado con mi trabajo personal».

Pues este hombre generoso ha salvado para los piadosos peregrinos de la belleza las maravillas de Miramar; y no solo las ha salvado, sino que las ha realzado. A su archiducal despego del gran mundo se debe la obra

que ha puesto a Miramar al alcance de los más flacos de arrestos, de los que no quieren fatigarse para gozar de la naturaleza. Sin molestias, cómodamente, pueden disfrutar de un espectáculo como hay muy pocos. Y hasta para los más arrestados y arriesgados, para los que no se arredran de trepar a las cumbres, les ha facilitado la tarea.

Subí con Sureda un día caluroso del mes de julio a las crestas del Teix, a poco más de mil metros, pero que se alzan escarpadamente sobre el mar y desde donde se domina un doble espléndido panorama. El mar, visto desde allí arriba, parece colgado del cielo. Según se sube, trabajosamente, zigzagueando por la serpentina vereda pedregosa, bajo las copas de los olivos, oíamos a la cigarra, que nos animaba con su chirrido. Y yo, pensando en la mala fama que el malicioso fabulista le ha dado al insecto que tanto amaron los griegos, pensé si su chirrido, que parece un estremecimiento de la luz en el follaje, no será un trabajo o si no ayudará a que las aceitunas maduren antes y mejor. ¿Quién sabe de estas cosas?

Cuando se sale de las barbas de la montaña y se entra en su rocosa calva cambia el tono de la vida. Allí ya la flora de otras regiones. La romaguera parece un erizo submarino que ha trepado a la cima. Las plantas son pinchudas. Y en los vallecitos de las cumbres, pequeños campos de trigo o de centeno que me recordaban a

Castilla. Son aquellas pequeñas, diminutas mesetas trasunto de las mesetas castellanas y a la misma altura que éstas. Y luego en la cresta, entre los canchales, se alivia uno de ropas el cuerpo y pone brazos, pechos y espaldas a que se atecen al sol. Parece como que el sol les penetra en los pulmones, y es un sol desbordante de luz, pero en aquellas alturas fresco. Y luego para la vista a un lado la congregación de los calvos gigantes de Mallorca, el consistorio de sus picos, presididos por los puigs mayores de Torrellas y de la Massanella, en el fondo Sóller y en un rinconcito, asomando las cabezas de sus casas por un repliegue, Fornalutx, más cerca Deyá y el abismo del mar dormido, que parece otro cielo posado, y de la otra parte la espléndida bahía de Palma y la llanura mallorquina, como un mar de esmeralda. En el fondo, a nuestros pies, la Foradada parecía un negro dragón que se metiese, serpenteando, en el mar. El agujero que atraviesa la roca de parte a parte, y a que debe su nombre el promontorio, lucía como el ojo tímido de un dragón que huye vencido a sepultarse en el mar.

Esto de ascender a las cimas de las montañas, y más si son rocosas, es un placer que tiene tanto de sensual como de estético, es una voluptuosidad de la fatiga. Y cada cumbre tiene su sabor, tiene su gusto. No cabe decir en qué tal cima es distinta de la otra, como no cabe expresar en qué se diferencia el gusto de un manjar del de otro

manjar cualquiera. Pero así como cada manjar debe de dar, a través de la economía animal, un tono distinto a nuestro espíritu y sugerirle por tal modo distintas formas de ideas, así cada cumbre es como otra música que nos pide otra distinta letra. Y yo espero que con el tiempo me brote en la fantasía la planta de la semilla que me dejó en ella el haber puesto el pie en la cumbre del Teix y el haber respirado en ella el aire que como entre sus dos manos batió el Señor entre el cielo y el mar henchidos de luz de aquella isla de oro.

Y la bajada del Teix, ya de noche, a través de la luna que se filtraba por las copas de los olivos y algarrobos, viendo en el fondo, como rojas estrellas, las luces humanas de Valldemosa. Rompí a cantar, aunque sin arte alguno. Y esto de cantar lo hago en rarísimos momentos de mi vida y en la soledad. Sobre todo para que no me lo oigan.

Al día siguiente de la ascensión al Teix fuimos a visitar la ermita de la Trinidad. Los ermitaños es una de las cosas más típicas de Mallorca. Ellos pretenden conservar la más pura tradición de los primitivos ermitaños. Dijéronme que eran de la orden de San Antonio Abad, orden que no sé que hoy exista, reconocida como tal. Son legos y hacen votos perpetuos, pero simples. Tienen en Mallorca una organización, si tal puede llamarse, puramente insular. Carecen de todo lazo ordenancista con los ermitaños de

Córdoba, por ejemplo, de cuya existencia han oído. Son gente sencillísima, payeses o campesinos los más, que se retiran a orar y a vivir una vida de extrema pobreza, pero en medio de una naturaleza espléndida que por sí sola enriquece. Allí, en la Trinidad de Valldemosa, se puede muy bien vivir con unas sopas escaldadas y aceitunas, pues el aire cernido por la fronda y la visión del mar que allí abajo tapiza el cielo basta para alimentar no ya solo el espíritu, sino también el cuerpo. No son más que cinco ermitaños.

A la puerta de cada una de sus celdas hay una pequeña inscripción que dice entre otras cosas que: «el consuelo de morir sin pena / bien vale la pena de vivir sin consuelo». Mas esto de que vivan sin consuelo me parece que no pasa allí de ser un tópico retórico. De todo tenía aire y traza menos de desconsolado el ermitaño que nos atendió, un joven moreno, de cerrada barba negra, con aspecto de «sufí» moro. Al verle, algo remangadas las anchas mangas del hábito, tirar de la cadena del pozo para sacar el balde de agua, en medio de aquel soberbio escenario, de todo menos de desconsuelo y de tristeza. ¡Y aquel pequeño cementerio, colgado sobre el bosque que cuelga sobre el mar, donde duermen, bajo un cielo todo luz y al arrullo de las olas los ermitaños que fueron! Allí la anacoresis, el retiro, es una voluptuosidad; es acaso la manera que tienen de satisfacer una vocación estética

los pobres payeses. ¿Quién sabe si en el fondo aquella vida ermitaña no es la más sutil bohemia para aquellos hombres sin literatura?

Blanquerna, el personaje de la novela ascética de Ramón Lull, el filósofo iluminado, el más alto espíritu de Mallorca a quien allí le llaman el beato Ramón Lull aunque la Iglesia no lo haya beatificado, Blanquerna, después de haber sido papa, renuncia al papado para hacerse ermitaño. Es la vida suprema. Y concibió aquella novela Lull en el retiro de Miramar. Aquel hombre de alma encendida, loco de Dios según él mismo se llamaba, especie de cigarra espiritual ebria del sol de las almas —para él Dios era ante todo luz—, cantaba estremecido, y la larga oración de sus obras místicas y filosóficas, rosarios de aspiraciones, son como el canto de la cigarra de Miramar. Y fue merced a él la lengua catalana la primera lengua vulgar en que habló la especulación filosófica, a principios de XIV, como hizo notar Menéndez y Pelayo.

Blanquerna, el hijo de Aloma y Evast, después de recorrer estados, viene a quedar como en supremo grado en ermitaño, en cigarra de Dios. Va a hacer penitencia en los altos montes y en compañía de los árboles, de los pájaros y de las bestias, y en rigor no hace más penitencia que los árboles, los pájaros y las bestias. ¿Qué le importa a la cigarra ayunar y que el sol la escalde si tiene el canto?

Quería estar y contemplar al Dios de gloria. «Una fuente y muy bella, una capilla antigua y una celda muy bella», nos dice Lull. Y hasta la calavera que hay allí, en la celda, en su caja —nos la mostró el ermitaño y sabía quién era— resulta un objeto bello; debe resplandecer al sol como una joya el hueso desnudo. Pierde allí su horror la muerte. «De noche abría Blanquerna —nos dice Lull— las ventanas de la celda para ver el cielo y las estrellas y comenzaba su oración como más devotamente podía para que toda su alma estuviese con Dios y sus ojos en lágrimas y lloros». Pero no lágrimas ni lloros de dolor, sino de derretimiento, de devoción y amor y de gratitud al ver la obra de Dios. Esto no lo dice Lull, pero lo digo yo. El texto litúrgico que allí, en Miramar, mejor encaja es aquel que dice en el Gloria in excelsis lo desgratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam: te damos gracias, Señor, por la grandeza de tu gloria. Es lo que hay que cantar en toda Mallorca y singularmente en el Miramar de Valldemosa. Allí hay que dar gracias a Dios por su obra, sin pedirle nada más. Y se comprende que allí donde los cielos y los montes y los mares narran la gloria del Señor pretendiera Lull racionalizar toda teología, porque allí el arte se hace razón y la razón arte. La fantasía ha tomado cuerpo terrestre y visible, ha cuajado en la roqueta florecida de Mallorca.

Termina el Blanquerna con el encendido Libro del Amigo y del Amado, que son jaculatorias místicas para cada día del año. Libro, dice el mismo Lull, compuesto al modo de los de los «sufíes», que tienen palabras de amor y ejemplos abreviados y que dan al hombre gran devoción. Se ve el abolengo más que oriental, africano, líbico, del encendido chirrido de la cigarra espiritual mallorquina. La inspiración se la trajo viento del Mediodía o leveche —lleveitx—, esto es, líbico, acaso el encendido xaloc, el viento del suroeste. «Tú que llenas el sol de resplandores, llena mi corazón de amor», le dice el Amigo al Amado, le dice la cigarra espiritual de Miramar al Sol de las almas que bruñe el mar nacarado. Le decía el Amigo al pájaro que cantaba en el vergel del Amado: «Si no nos entendemos por lenguaje entendámonos por amor, porque en tu canto se representa a mis ojos a mi Amado». El vergel del Amado en que canta el pájaro es Mallorca, una gran ermita ceñida por el mar de Cristo.

Para digerir y asimilarse el divino regalo de la visión de la isla de oro donde todo narra la gloria del Sol, no creo que haya mejor que recogerse en la ermita de la Trinidad de Valldemosa, a vivir unos días se nutren de los frutos de la tierra que se pisa y del aire del cielo y el mar cernido por los olivos y leer el Blanquerna mientras se oye el febril chirrido de las cigarras. Y pasearse luego, no caminar, sino pasearse, entre aquellos

olivos centenarios de contorsionados troncos que fingen monstruos y vestiglos. Es el árbol que aspira a vida animal, acaso para poder cobrar una voz cualquiera con que decir, aunque inarticuladamente, la gloria del Señor. Aquellos olivos, como aquellas rocas, parecen aspirar a otra vida más alta. Son olivos ermitaños, y tal vez hacen, a su modo, penitencia. Son olivos que tienen fisonomía, personalidad, porque tienen historia, esto es: alma. ¿Quién sabe si no oyeron los suspiros de gracias de Blanquerna? Solo conociendo algo la obra encendida de Ramón Lull, del juglar de Mallorca, del loco de Dios, de la cigarra del Cristo latino, se puede penetrar en la belleza espiritual de la isla de oro, en lo que quiere decir aquella fantasía divina encarnada en roca florecida y ceñida por el mar de zafiro y de esmeraldas y de topacios y de nácares irisados; pero solo conociendo la isla de oro y habiendo sorbido con los ojos su esplendor fulgurante y habiendo visto sus rocas y sus olivos, que aspiran a más alta vida, se puede comprender la obra de aquel singular espíritu iluminado que peregrinó en el puente del siglo XIII al XIV, «siglo epiléptico en que todas las pasiones buenas y malas llegaron a su mayor grado de furia y extremosidad, hirviendo toda sangre y toda carne en sed de deleites o en sed de maceraciones infinitas». (Menéndez y Pelayo).

Al volverme de la isla de oro a esta Barcelona venía en el buque diciéndome: «*Gratias ago tibi, Domine, propter magnam gloriam tuam!*»: *¡Gracias, Señor, por haber dado a España esa ermita abrazada por tu cielo y mar latinos!*

Barcelona, octubre de 1916.

Selección de poemas de Miguel de Unamuno.

Castilla

Tú me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo.
Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en ti viejos colores
del noble antaño.
Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro
y en ti santuario.
Es toda cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí en tus páramos.
¡Ara gigante, tierra castellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos,
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto!

Alba

Blanco estás como el cielo en el naciente
blanco está al alba antes que el sol apunte
del limbo de la tierra de la noche:
que albor de aurora diste a nuestra vida
vuelta alborada de la muerte, porche
del día eterno; blanco cual la nube
que en columna guiaba por el yermo
al pueblo del Señor mientras el día
duraba. Cual la nieve de las cumbres
ermitañas, ceñidas por el cielo,
donde el sol reverbera sin estorbo,
de tu cuerpo, que es cumbre de la vida,
resbalan cristalinas aguas puras
espejo claro de la luz celeste,
para regar cavernas soterrañas
de las tinieblas que el abismo ciñe.
Como la cima altísima, de noche,
cual luna, anuncia el alba a los que viven
perdidos en barrancos y hoces hondas,
¡así tu cuerpo níveo, que es cima
de humanidad y es manantial de Dios,
en nuestra noche anuncia eterno albor!

Dos poemas sobre Cristo

Del libro Cristo de Velázquez

[...] Este Cristo, inmortal como la muerte,
no resucita; ¿para que?, no espera
sino la muerte misma.
De su boca entreabierta,
negra como el misterio indescifrable, fluye
hacia la nada, a la que nunca llega,
disolvimiento.
Porque este Cristo de mi tierra es tierra.
Dormir, dormir, dormir..., es el descanso
de la fatiga eterna,
y del trabajo del vivir que mata
es la trágica siesta.
No la quietud de paz en el ensueño,
sino profunda inercia,
y cual doliente humanidá, en la sima
de sus entrañas negras,
en silencio montones de gusanos
le verbenean.
Cristo que, siendo polvo, al polvo ha vuelto;
Cristo que, pues que duerme, nada espera.
Del polvo pre humano con que luego
nuestro Padre del cielo a Adán hiciera
se nos formó este Cristo trashumano,
sin más cruz que la tierra;
del polvo eterno de antes de la vida

se hizo este Cristo, tierra
de después de la muerte;
porque este Cristo de mi tierra es tierra
«¡No hay nada más eterno que la muerte;
» todo se acaba! —dice a nuestras penas—;
»no es ni sueño la vida;
» todo no es más que tierra;
» todo no es sino nada, nada, nada...»
y hedionda nada que al soñarla apesta!»
Es lo que dice el Cristo pesadilla;
porque este Cristo de mi tierra es tierra. [...]
Este Cristo cadáver,
que como tal no piensa,
libre está del dolor del pensamiento, [...]
Y las pobres franciscanas del convento
en que la Virgen Madre fue tornera
—la Virgen todo cielo y toda vida,
sin pasar por la muerte al cielo vuela—
cuando la muerte del terrible Cristo
que no despertará sobre la tierra,
porque él, el Cristo de mi tierra es solo
tierra, tierra, tierra, tierra...
cuajarones de sangre que no fluye,
tierra, tierra, tierra, tierra...
¡Y tú, Cristo del cielo,
redímenos del Cristo de la tierra!

El cuerpo canta

El cuerpo canta;
la sangre aúlla;
la tierra charla;
la mar murmura;
el cielo calla
y el hombre escucha

****

La luna y la rosa

En el silencio estrellado la Luna daba a la rosa y el
aroma de la noche le henchía sedienta boca el
paladar del espíritu, que adurmiendo su congoja se
abría al cielo nocturno de Dios y su Madre toda...
Todos cabellos tranquilos, la Luna, tranquila y sola,
acariciaba a la Tierra con sus cabellos de rosa
silvestre, blanca, escondida... La Tierra, desde sus
rocas, exhalaba sus entrañas fundidas de amor, su
aroma ... Entre las zarzas, su
nido, era otra luna la rosa,
oda cabellos cuajados en la cuna, su corola;
las cabelleras mejidas de la Luna y de la rosa y en el
crisol de la noche fundidas en una sola... En el
silencio estrellado la Luna daba a la rosa mientras
la rosa se daba a la Luna, quieta y sola

****

La oración del ateo

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes, y en tu nada recoge estas mis quejas, Tú que a los pobres hombres nunca dejas sin consuelo de engaño. No resistes a nuestro ruego y nuestro anhelo vistes. Cuando Tú de mi mente más te alejas, más recuerdo las plácidas consejas con que mi ama endulzóme noches tristes. ¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande que no eres sino Idea; es muy angosta la realidad por mucho que se expande para abarcarte. Sufro yo a tu costa, Dios no existente, pues si Tú existieras existiría yo también de veras.

Muerte

Eres sueño de un dios; cuando despierte
¿al seno tornarás de que surgiste?
¿Serás al cabo lo que un día fuiste?
¿Parto de desnacer será tu muerte?
¿El sueño yace en la vigilia inerte?
Por dicha aquí el misterio nos asiste;
para remedio de la vida triste,
secreto inquebrantable es nuestra suerte.
Deja en la niebla hundido tu futuro
ve tranquilo a dar tu último paso,
que cuanta menos luz, vas más seguro.
¿Aurora de otro mundo es nuestro ocaso?
Sueña, alma mía, en tu sendero oscuro:
"¡Morir... dormir... dormir... soñar acaso!"

¿Qué es tu vida...?

¿Qué es tu vida, alma mía? ¿cuál tu pago?,
¡lluvia en el lago!
¿Qué es tu vida, alma mía, tu costumbre?
¡viento en la cumbre!
¿Cómo tu vida, mi alma, se renueva?
¡sombra en la cueva!
¡lluvia en el lago!
¡viento en la cumbre!
¡sombra en la cueva!
Lágrimas es la lluvia desde el cielo,
y es el viento sollozo sin partida,
pesar la sombra sin ningún consuelo,
y lluvia y viento y sombra hacen la vida.

ÍNDICE

“A mí que tanto me duele España, mi patria, como podía dolerme el corazón, o la cabeza o el vientre, cada de estos viajes que hago por nuestras capitales de provincia me llena de cierto pesar no exento de hondas inquietudes...

Colección
Lima Lee

